

N O V E L A



BERNARDO MONROY

ZL

SLASHER

BERNARDO MONROY

Edición

ZONA LITERATURA

<http://zonaliteratura.com>

Colección

Narrativa/Novela Contemporánea #4

Diseño de portada

Rodrigo Gutiérrez Ochoa "DoZeReK"

Diseño y maquetación

Hurlingham Difusión

<http://www.hurlinghamdifusion.com.ar>

Hurlingham, Argentina | Noviembre de 2011

SLASHER

BERNARDO MONROY

N O V E L A



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported

USTED ES LIBRE DE:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

BAJO LAS SIGUIENTES CONDICIONES:



Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Cada persona en cada país, cada ser humano tiene los mismos temores. Todos somos hermanos y hermanas unidos en el miedo. El horror cruza las barreras internacionales en términos de la audiencia. A veces la comedia no logra traducirse, a veces los dramas no logran traducirse. Pero el horror y el miedo sí que lo hacen.

John Carpenter
director de «Halloween»

La primera persona de la audiencia a la que debes espantar eres tú mismo.

Wes Craven
director de «Nightmare on Elm Street»

No hay placer como el terror. Mientras sea el de los demás.

Clive Barker / «Books of blood»

Bernardo Monroy (Ciudad de México, 1982) vive en León, Guanajuato (México). Es colaborador habitual en **ZonaLiteratura.com**. Ha publicado su libro de cuentos *El Gato con Converse* y la novela *La Liga Latinoamericana*. Ha sido antologado en *Una cierta alegría en no saber a dónde vamos: cuento en Guanajuato*, que recopila 20 años de literatura guanajuatense. Es un apasionado de las películas de terror, los tebeos y la literatura. Entre sus influencias se encuentran escritores como Charles Dickens o Jorge Ibarguengoitia, pero también directores como Wes Craven o guionistas de cómics como Neil Gaiman o Garth Ennis.

Capítulo 1 DESPUÉS DE LA FIESTA

Mis amigos y yo contamos con la amistad de un monstruo que asesina a las personas que nos caen mal.

La primera vez que nos encontramos con Bob, salíamos de una fiesta de Halloween donde hubo demasiada marihuana, alcohol y películas de terror para una noche. Toda la casa de Arturo, el anfitrión, tenía decorado de calabazas, cráneos, velas negras, pósters de cintas de terror; música de fondo que empezó siendo de Brahms, siguió pop de moda y cuando todos los invitados estaban vomitando sobre la alfombra, de mariachis. Y disfraces que iban desde un tipo vestido de negro y con la cara repleta de talco, que pomposamente osaba llamarse vampiro, hasta una chica que gracias a alambres y mucha imaginación había logrado imitar el copete de la Novia de Frankenstein. Nosotros lucíamos menos ridículos de lo que éramos en la vida real: yo llevaba un sombrero, un sweater a rayas rojinegras, pantalón café y zapatos negros. Cuando le presumí a Antonio mi disfraz, me dijo, desviándome la mirada y sin querer lastimarme, que era un bonito atuendo de vagabundo.

—¡Soy Freddy Krueger, idiota!

Peor aún era el disfraz de mi amigo: una playera y panta-

lones de mezclilla harapientos y una máscara de hockey comprada en una venta de garaje. Para su fortuna, tenía una estatura de 1.90, lo que le favorecía bastante para parecerse a Jason Voorhees. Mateo llevaba el disfraz de Ghostface, el asesino de la saga *Scream*. Fue inútil decirle que la fiesta era muy pequeña para dos personajes del mismo director, pero no me hizo caso. Él era muy callado y más inteligente que yo, y creo que aún soportaba el duelo por la muerte de su madre, acontecida durante los primeros semestres de la preparatoria. Por su parte, Roberto se había disfrazado como Leatherface. Se hizo una máscara con lo que sobró del filete que cenaron en su casa (y lo convirtió, sobra decir, en víctima de perros callejeros). Llevaba también una motosierra, pero en cuanto comenzó a beber, Mateo se la arrebató, arrojándola por la ventana. «Si un coche es peligroso en sus manos, no quiero imaginar una motosierra».

En la fiesta nos encontramos con Pamela, quien nos miró como si nos hubiéramos disfrazado de mingitorios. No llevaba disfraz sino una blusa muy sexy y una minifalda. El tiempo pasó, bebí y bebí y bueno... terminé bailando *Macho Man* arriba de una mesa, para después imitar a David Bowie cantando *Dance magic dance*.

–Ya estás demasiado ebrio –me dijo Mateo.

En mi avanzado estado etílico, predije que aquella fiesta iba a terminar mal. Tener a Drácula, un zombie, duendes, brujas, Ghostface, Leatherface, Pinhead, la criatura de Frankenstein y su novia; Jason y hasta a un Freddy Krueger gay en una misma casa no era una buena señal. Así que decidimos irnos. El problema era que mis padres me habían prestado el coche, y yo estaba demasiado ebrio para conducir. En un principio, mis amigos me lo impidieron a toda costa. Hubo forcejeos, golpes y al final me puse de rodillas y les

besé los zapatos, así que decidimos caminar rumbo a casa... Sí, como en las puñeteras películas de terror.

La colonia donde vivía Arturo, que podía organizar la fiesta gracias a que sus padres se habían ido de vacaciones, se llamaba «Valle de los Reyes». Las calles tenían nombres como «Gran Esfinge», «Keops», «Nefertiti» y, en realidad, carecían de la grandeza egipcia, porque se trataba de casas de interés social. Para llegar al bulevar Francisco Villa, donde tomaríamos un taxi, había que cruzar un sembradío de varios kilómetros de extensión, que a esa hora de la madrugada estaba más oscuro que un ducto del desagüe... y estaba igual de solitario y maloliente. A lo lejos, podían verse las luces de la urbanización y los faros de alguno que otro automóvil. Casi pude leer la mente de mis amigos: no sería nada seguro caminar por esa zona; pero aún así, lo hicimos.

Eran las doce de la noche. Oficialmente, el Halloween había concluido para dar la bienvenida al Día de Muertos. Pasamos de inmediato de festividad gringa a mexicana. Mientras nos alejábamos, la música de la fiesta era más inaudible. Quedamos sin más compañía que la oscuridad, los árboles y los grillos entonando una sinfonía que acompañaba el viento de noviembre al mecer las ramas secas. Parecía una escena sacada de la adaptación de Disney de *La Leyenda de Sleepy Hollow*. Antonio comentó que lo más sensato hubiera sido solicitar un taxi vía telefónica. Sólo dos personas cometen errores tan obvios, comentó Mateo: los idiotas como nosotros y los personajes de películas de terror. Con el objetivo de alivianar la situación, Roberto sacó de su bolsillo parte del porro de marihuana que estuvimos fumando y me lo ofreció con un amable gesto, diciendo «¿Quieres, Nicolás?» No lo pensé dos veces. Lo tomé entre mis dedos y fumé. Les dije que no había nada peor que toparnos con un asesino o un

asaltante. Como si algún dios nórdico aficionado a las bromas me hubiera escuchado, de súbito un par de luces rojas y azules se encendieron, que provenían de un automóvil que sigilosamente nos seguía desde sólo ese mismo dios sabía cuánto tiempo. Una sirena y la orden «¡Alto!», amplificadas gracias a un altavoz nos ordenaron detenernos.

Bueno, siempre hay algo peor: policías. La mirada de Antonio decía mucho más que todos los tomos de *En Busca Del Tiempo Perdido* de Proust, y no hablaba de exquisita literatura, sino de «¡Esconde la puta hierba!» Pero me fue imposible. Todos estábamos paralizados.

Del auto bajaron dos policías. Uno era obeso y de baja estatura. El otro parecía su clon. O el clon era el anterior, o los dos eran clones. O eran clones de un clon... o no sé, estoy muy nervioso, carajo.

–Buenas noches, jóvenes –dijo un clon.

–¿Qué andan haciendo a estas horas por estos lugares? –preguntó el otro clon, mientras nos olía como el Papá Oso de *Ricitos de Oro*-. A ver, a ver. ¿Qué es eso? Ah, chingada madre. ¿Qué tienes allí, tú, el de lentes? –Caminó hacia mí y me arrebató el porro. Lo deshizo, sosteniendo entre sus manos la hierba.

–Uy, pareja, qué mal –comentó el clon-. Por esto les podemos meter muchos años. Vamos a tener que inventarles que andan siendo criminales de éstos que combate en la guerra contra las drogas el señor Presidente Ciudadano Don Felipe Calderón. A ver muchachos. ¿Qué tienen que decir?

Todos miramos a Mateo. Él era el inteligente del grupo. El de los mejores promedios de toda la prepa. El más astuto. Seguro pensaría en algo sobresaliente y audaz. Abrió la boca y dijo:

–Es orégano. Se lo juro, oficial.

–Grandísimo pendejo –susurró Antonio, mientras alzaba la vista al cielo, pidiendo clemencia.

Lo primero que me desconcertó fue cuando Mateo cayó al suelo tras soltar un grito ahogado. El policía le había golpeado con su macana en la boca del estómago. En su lenguaje incomprensible de experto abusador con autoridad, dijo que no éramos nadie para que nos burláramos de él. El segundo policía dio un puñetazo en la cara a Roberto. El primero me hizo una llave, sometiéndome al instante y poniéndome unas esposas, mientras Mateo jadeaba en el suelo, escupiendo sangre. Antonio también fue golpeado. La lista de amenazas e insultos continuó: mocosos pendejos. Se los cargó la chingada. Van a aprender a respetar a la autoridad, hijos de toda su puta madre... Ya sabes, jerga policial de la más fina y elegante, cual poeta del Siglo de Oro Español.

Ninguno de nosotros seis se dio cuenta de la figura que apareció entre los arbustos y caminaba hacia nosotros. Yo estaba muy ocupado pensando en qué le diría a mi madre e intentando esquivar, sin éxito, las patadas del policía dirigidas a mis testículos. De repente, el guardián de la ley se quedó petrificado. Abrió la boca y vomitó sangre. Desde el suelo pude ver un cuchillo que atravesaba su pecho. Entraba y salía, entraba y salía, entraba y salía entra... Bueno, creo que ya me di a entender.

El segundo policía desenfundó su arma y le disparó a la silueta que no podía ver, pues la oscuridad la protegía. Pero la silueta seguía moviéndose, avanzando hacia él. El primer policía cayó al suelo, sobre mí. Solté un grito que con unos decibeles de más, lo hubiera resucitado. Roberto no quitaba los ojos de encima de la figura, que avanzó hacia él con su cuchillo. Lo primero que hizo fue cortarle la mano. El policía no tuvo tiempo de gritar, pues la figura le enterró su arma

blanca en la cabeza. El cadáver cayó al suelo de golpe.

Ahora la silueta se acercaba hacia nosotros.

Blandió su cuchillo, mientras nos juntamos como si estuviésemos a punto de iniciar una orgía. A mí me costó más trabajo (ya sabes, las manos esposadas), por eso me tuve que arrastrar. La silueta se detuvo en seco y se sentó en el suelo. Dejó escapar una risita amortiguada. Después, extendió su mano, soltando el cuchillo, y la dejó así durante un par de minutos que parecieron interminables. El primero en tomar iniciativa y estrecharla fue Roberto. Al siguiente día nos confesó que se cagó en los calzones.

Acto seguido, se enterró a sí mismo el cuchillo en la espalda.

Una mueca de asco, que pude ver gracias a la luz de la luna, se dibujó en la cara de mi amigo. Antonio y Mateo también estrecharon su mano. Cuando fue mi turno, la figura se dio la vuelta y rompió las esposas como si fueran de papel maché. Al sentir su mano la noté helada, y además, sentí larvas reptando por mi palma.

Poco a poco nos pusimos de pie. Mateo sacó su teléfono celular y lo encendió, para ver el rostro de nuestro salvador... que estaba cubierto por la capucha de una sudadera roja. Pero eso no era escalofriante. Lo que en verdad nos provocó terror fue su cuerpo: vestía además de la sudadera un pantalón de mezclilla, tenis... y en su pecho había tres cuchillos enterrados.

—Creo que le agradamos —comentó Roberto, con su increíble talento para ver lo obvio.

Lentamente dirigí mi mano, temblorosa, a la capucha, y se la quité. La figura, que habría de medir un metro con sesenta, no se inmutó. Vimos el rostro de un adolescente, pero repleto de cortadas sin cicatrizar. Tenía nariz aguileña y unos hermosos ojos azules. Incluso, podría afirmar que de carecer

de aquellas heridas, sería guapo. Con un gesto de amabilidad me pidió que cubriera su cara nuevamente. Así lo hice.

–Amigos –dijo con voz lenta, estúpida. Después caminó hasta el cadáver del primer policía y le sacó el cuchillo, que él mismo se enterró en su pecho. Riéndose de manera estúpida, se recostó en la tierra de aquel sembradío, y esta, como por arte de magia, se lo tragó. Antes de quedar completamente cubierto, agregó–: Vuelvan pronto.

–¡Vaya! –exclamé–. ¡Qué a toda madre! ¡Tenemos de amigo a un asesino slasher!

–Lo dices como si se tratara de cualquier cosa –repuso Antonio.

–Si esto fuera una película –comentó Mateo–, en este momento habría un *fade out* y empezarían los créditos iniciales.

–Sí –dijo Roberto–, con una música de fondo muy macabra.

Y nosotros, los protagonistas.

Capítulo 2 DEL DIARIO DE PAMELA VERGARA

Querido Diario:

Me siento muy ridícula y ñoña escribiendo un diario, porque en primer lugar nunca lo he hecho y en segundo, no puedo llamar «querido» a un cuaderno que tiene un estampado de Hello Kitty. Comencé a escribir desde que me lo sugirió la maestra de Taller de Lectura y Redacción. Te servirá para desahogarte, me dijo.

Soy una mujer maravillosa. Soy guapa. En mis ratos libres me gano la vida posando para revistas locales y modelando en pasarelas. Muchos hombres babeaban cuando los volteo a ver. ¡Soy genial!

Estoy muy por encima de ese idiota de Nicolás Sarabia y sus tres amigos de mierda. Grupo de estúpidos. En toda preparatoria hay friquis como ellos. Mateo, el cerebritito. Antonio, el adicto a la marihuana. Roberto, el niño rico. Y por último, el estúpido comemierda hijo de puta. El pendejo, cretino, gilipollas, zoquete de Nicolás Sarabia, aficionado a las películas de terror y a los cómics, con sus patéticas playeras de *Batman* y *Star Wars*. Grandísimo. Hijo. De. Puta. ¡LO ODIÓ! Además, se dice cineasta, se autonombra director de cine de terror, pero todo lo que ha hecho han sido porquerías de un nefasto

humor involuntario.

Sí. Lo odio. Con sus playeras de personajes de monitos. Con su manera sumisa de caminar. Con su complexión delgada. Sus lindos ojos color miel. Su cabello rizado negro. Su boquita, sus lentes de pasta, su sonrisa sexy y su mirada tierna. Cuando juega fútbol no anota un gol ni aunque tenga la portería a un centímetro de distancia, pero puedo verlo en pantaloncillos y playera.

¡NICOLÁS SARABIA, MALDITO! ¿POR QUÉ TUVISTE QUE SER GAY?

Confieso que inicialmente lo negué. Nicolás no es amane-rado. No se viste a la moda. No se junta con mujeres y sus amigos son un hatajo de groseros. Pasan buena parte del día viendo películas de terror, actualizando esa página web con la que ganan algo de dinero o bien bebiendo cerveza y fuman-do marihuana. Como buenos hombres desagradables juegan concursos de eructos en la cafetería, sobre todo cuando beben refresco de cola de dieta. Yo tenía la idea de un homosexual como un tipo afeminado o estrafalario... Bueno, esto último sí lo es. Por ejemplo, cuando ensayaba para no recuerdo que obra de teatro con Antonio, se puso a bailar «Single Ladies» de Beyonce, vestido con mallas. Movía su mano, mientras cantaba melódicamente: «If you liked it then you shoulda put a ring on it, wo oh oh oh oh...» Lo primero que pensé fue que era un muchacho muy versátil, pero Antonio me dijo que la obra era *Macbeth* y que en ningún momento Shakespeare escribió una escena con las brujas bailando de esa manera. Después, como si me hubiera leído la mente, me dijo que Nicolás es homosexual. No es cierto, protesté, arrojando mi mochila de Hello Kitty. Claro que lo es, lo conozco de toda la pre-paratoria. Es de mis mejores amigos. Pero no es afeminado, grité. ¡Eso no tiene nada que ver! ¡Claro que es marica! Lee a

Oscar Wilde, le gusta Beyonce y Lady Gaga. El hecho de que también le guste Wes Craven y John Carpenter lo convierten en un fanático del cine de terror, pero no en heterosexual... Si te gusta, lo siento mucho, ya se te cebó. No me gusta ese nerd. ¿No? Pues lo miras de forma muy distinta. No es gay, Antonio. No tiene novio. Bueno, eso es porque él no quiere tener una relación seria. Lo cierto es que siempre lleva condones en la mochila. Incluso yo le he pedido prestado. ¿Y nunca le has pedido que te lo ponga, so idiota? Más te vale que no. Nunca, él es el único gay. Ni yo ni Mateo ni Roberto.

Y lo negué hasta la fiesta de aquella noche, cuando después de beber demasiada cerveza en esos típicos vasitos rojos que compras en el minisupermercado de la esquina, buscaba el baño. Y fue cuando abrí la puerta de un dormitorio y allí estaba. Acostado con Alex, el muchacho de primer semestre. Los dos completamente desnudos. Por decencia y pulcritud, querido diario, no mencionaré en que parte de la anatomía Nicolás estaba el miembro de Alex.

Le grité que lo odiaba. Bajé llorando a la sala, donde se celebraba la fiesta y escuchábamos, para colmo, *Alejandro* de Lady Gaga a todo volumen. Nicolás bajó a toda velocidad, sin más prenda que sus ridículos boxers con estampados del rostro del asesino de esa película que tanto le gusta, la del tipo que llama a las mujeres y pregunta si les gustan las películas de terror. Gritó que él no tiene la culpa de ser gay. Le dije que ojalá se muriera. Que cómo le podían gustar esas películas de asesinatos a lo vil estúpido, y cómo le podía gustar Lady Gaga siendo tan plástica... y los hombres.

Eso es una buena señal para ti, dijo el muy perro, delante de todos los compañeros de la escuela. Tú eres igual de plástica.

En ese momento cerré el puño.

Además, agregó, como si la humillación no hubiera sido suficiente, no confundas que sea gay con que me gustes. Tal vez si yo hubiera sido heterosexual tampoco me interesarías porque...

No le permití terminar la frase. Solté un puñetazo directo a su quijada, mientras aquella golfa estrafalaria cantaba «Ale, Alejandro, Ale, Alejandro...» Sí. Para colmo, *Alejandro*. Me fui a casa llorando, mientras que Nicolás se ponía de pie, reincorporándose. Su esquelético y pálido cuerpo fue abrazado por Alex.

Bueno, Querido Diario. Hora de destilar odio. De que corran ríos de tinta de la aversión que siento hacia el estúpido de Nicolás y su pandilla de orcos malparidos.

Empecemos por Antonio Luna. Nunca puede faltar un pacheco consumidor de marihuana; un aspirante a actor y un cerdo que no se cambia la ropa en toda una semana. El pandroso. ¿Por qué en la escuela a la gente como él les llaman pandrosos? ¿No será más correcto andrajoso? Suele tomar clases con los ojos rojos. Fue él quien volvió adicto a la marihuana a mi amado Nicolás. Antes de que se convirtiera en su mejor amigo, lo más que fumaba eran cigarrillos de chocolate; pero después, allí estaban los dos, cantando a Pink Floyd, recostados en las canchas de fútbol y riéndose de las formas de las nubes.

Sigue Mateo Gómez. Es patético. Hijo único, al igual que Nicolás. A sus diecisiete años tiene el sentido de la moda de un señor de sesenta. Usa pantalón de vestir y camisas a rayas. Juraría que lo he llegado a ver con corbata de moño en más de una ocasión. Lo cierto es que siempre lo veo con un libro en la mano y limpiando con su camisa sus lentes con cristal de fondo de botella. Tiene los mejores promedios de toda la escuela y una respuesta a cualquier pregunta. ¿Así o más cli-

ché? Pues sí se puede más: me mira de tal forma como si le gustara. Obvio, jamás le voy a corresponder a esa esquelética garrocha humana de casi dos metros. Aunque no debo ser tan dura, pues hace poco perdió a su madre a causa de la diabetes. Uno creería que eso lo obligó a madurar, pero sigue siendo un friqui.

Finalmente, Roberto Torreblanca. Él es hijo de una de las familias más renombradas de la ciudad, pero odia el mundo vacío y superficial en el que vive; por eso, le exigió a su padre que lo inscribiera en una preparatoria oficial. Tiene una tarjeta de crédito adicional. En ocasiones hasta el chofer de su padre pasa por él, y de vacaciones se va a recorrer Europa.

Y por si toda esta agrupación de rechazados no fuera suficiente, ya que tenemos al mugroso, al nerd, al niño rico sin amor... Para cerrar con broche de oro, está el marica. Le gusta Lady Gaga, Madonna, Queen, David Bowie, Village People, Gloria Gaynor, Oscar Wilde, Clive Barker, Thomas M. Disch y desde aquel incidente de la fiesta, usaba una pulserita con la bandera del orgullo gay que suele agitar frente a mi cara y decirme «por si las dudas». Señoras y Señores, con ustedes, Nicolás Sarabia: la mejor justificación de la homofobia. Basta con contar una anécdota del Cineclub. Resulta que Nicolás entró con el objetivo de aprender cine, pero no proyectaron las películas que él tenía contempladas. ¿A qué me refiero con esto? Pues que cuando terminamos de ver la primera película del ciclo sobre Luis Buñuel, lo primero que comentó fue:

—¡Nos estafaron! ¡En *Un Perro Andaluz* no aparece ningún perro!

Bueno, a partir de ese momento se hizo enemigo de Leonardo Torres, el experto en cine y arte de la preparatoria. Admito que también Leonardo es un ser despreciable. Otro

cliché andante, como Nicolás y sus amigos. Usa camisas a cuadros, tiene cabello largo con fleco que le llega hasta la nariz y se deja la barba de días. Dice ser «indie» y «alternativo», me odia porque en mis ratos libres trabajo modelando. Sí, Querido Diario, sólo por eso. Dice que rechaza todos los convencionalismos sociales y las normas establecidas, pero en las fiestas su mamá le marca al teléfono celular y él siempre responde: «Sí, mamita, ya sé que no puedo llegar después de las diez». Dice odiar el cine comercial, la música comercial, la literatura comercial, y cuando una película no es de su agrado, arremete con su crítica favorita: «¡Esa basura va en contra de todos los cánones del cine!» Ignoramos a qué se refiere. «Stephen King es un idiota que de cuando en cuando tiene un golpe de creatividad...» Lo cierto es, señala Nicolás, que Leonardo nunca ha tenido uno sólo... Para lo que sí es muy bueno es para criticar a todo aquel que no comparte sus puntos de vista. En ocasiones se para en medio de los pasillos de la escuela y comienza hablar, mientras hace ademanes exagerados y, esporádicamente, se acomoda su largo fleco:

–El arte es un torrente de vida, de vida que algún día morirá. Creo firmemente que la existencia es pueril, baja, miserable. Soy un artista indie alternativo conceptual, uno de los libros que más me marcaron la vida fue *El Lobo Estepario*. Harry Haller es un paria, como yo. Como un vagabundo que busca complacerse buscando entre la basura. Porque eso es el arte, eso es la vida: basura. Hay que buscar la autonomía y... Permítanme, mi teléfono celular está vibrando. ¿Sí? ¿Diga? ¡Mami! Sí, mamá. Ya voy para la casa. No mamita, nunca te he faltado al respeto. No mamá, no estoy viendo ese cine feo como tú lo llamas. Sí, mami. Adiós.

He de mencionar que Leonardo se ha ensañado con Nicolás. En el cineclub desvaloriza todos sus comentarios. Lo humilla,

se ríe en su cara. Hace lo mismo con su pandilla de losers, pero particularmente la aversión va enfocada hacia el único homosexual del grupo. Una que es una mujer malpensada, podría deducir que eso se debe a aquella vez que Nicolás salió de los vestidores fajándose su pantalón, mientras que Leonardo gritaba que sólo lo había hecho para experimentar. Nicolás le gritó que uno de los principales rasgos de un gay reprimido es una madre castrante. Lo cierto es que a partir de ese momento, Leonardo emprendió una campaña homófoba contra Nicolás. Realmente lo odiaba, a él y a sus amigos. Una vez denunció a la dirección que Antonio escondía marihuana. Le costó terminar una semana en los separos de la policía y de no haber sido por las influencias del padre de Roberto, habría sido expulsado definitivamente.

En una ocasión, Mateo miró a Leonardo y le dijo, con tono de voz de Batman contemplando a sus padres asesinados, «¡Algún día me vengaré!» Leonardo se rió en su cara.

Leonardo es cruel y fante, pero Nicolás, Antonio, Mateo y Roberto son extraños. Demasiado extraños. Suelen ganar dinero extra con su página web especializada en cine de terror. Venden publicidad a salas de cine de la ciudad y video-clubes. Han sabido cómo ganarse la vida, eso sí lo admito. Usan el dinero de Roberto para pagar el website, el conocimiento de Nicolás en esa clase de cine, la inteligencia de Mateo y cuando los visitantes de la página contestan correctamente los tests, Antonio se encarga de enviarles un regalito especial, («La planta de la tiendita del horror», la llama) que les permite asustarse cuando ven *El Exorcista*. Tal vez no sean tan idiotas como yo creo.

Hace poco, el pasado mes de noviembre, los cuatro estaban muy nerviosos desde que un par de policías fueron espantosamente asesinados, cerca de la fiesta a la que asistimos. El

caso fue mencionado en toda la ciudad, lo cual es normal, porque en León, Guanajuato, rara vez suceden crímenes de esa índole. Cuando en clase de sociología el profesor nos pidió debatir el caso, Mateo se puso blanco y gritó: «¡Fue el crimen organizado! ¡Fue el puto crimen organizado!»

Si no fueran la clase de ñoños, tetos, empollones, perdedores que sé que son, juraría que tuvieron algo que ver.

Interludio 1 FRAGMENTO DEL BLOG DEL PORTAL WEB ESPECIALIZADO EN CINE DE HORROR «¿CUÁL ES TU PELÍCULA DE MIEDO FAVORITA?»

El cine slasher o puñaladas al celuloide

Por: Nicolás Sarabia, webmaster

Bienvenidos al blog de «¿Cuál es tu película de miedo favorita?», su portal de cine y literatura de horror. En esta ocasión, aprovecharemos este espacio para hablar de la corriente del cine de terror más popular e importante durante los ochenta del pasado siglo XX: el cine slasher.

Toda época tiene sus monstruos. El siglo XIX contó con Drácula, el monstruo de Frankenstein o el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, y la década de los 80's con Michael Myers, Freddy Krueger, Jason Voorhees, y toda esa legión de asesinos seriales que siempre usan un cuchillo y están completamente locos.

El cine slasher es aquel en el que un asesino mata a diestra y siniestra usando un arma blanca, casi siempre enmascarado. En sus tramas, abundan adolescentes que practican sexo y consumen alcohol en fiestas ya sea de verano, graduación o Halloween, y son los primeros en morir acuchillados. Pese a que la carga del slasher es algo moralista (los primeros en morir son los adictos o quienes gozan del sexo), ha sido duramente criticado por ser un subgénero cinematográfico misógino, carente de una trama inteligente y de violencia gratuita...

y, de hecho, tienen razón. Sin embargo, es innegable que el slasher es un pilar elemental del cine de horror, y hoy en día es un esencial para comprender el inconsciente colectivo y la cultura pop en su totalidad.

Toda época tiene sus monstruos, que se fortalecen gracias a lo que a la gente que dirige, escribe, ve o lee, le toca vivir. La Inglaterra Victoriana tuvo a Drácula y a Mr. Hyde, porque representaban lo que temían: el sexo desenfrenado y la maldad auténtica, que disfrazan de bondad y doble moral. De igual forma, los ochenta tuvieron a estos asesinos que se desenvolvían en estas tramas, porque eran todo lo que fue la época, como lo señala el documental sobre el slasher titulado *Going to pieces*. A saber: la política de Reagan, el miedo por la bomba atómica, el sida como metáfora, porque era un enemigo invisible. La gente que se sentía muy cómoda en los ricos suburbios... Pero que nada los iba a ayudar, porque Myers vendrá por ellos. La superficialidad, el estar despreocupados, el tener sueños, era una quimera, porque allí es donde Freddy mata. La competitividad de esta época es también un factor detonante, ya que todos pelean por sobrevivir, y sólo uno lo logra.

Los orígenes del slasher se remontan a uno de los grandes clásicos de la cinematografía mundial: *Psicosis* (1960) de Alfred Hitchcock. Con uno de los grandes pre psychokillers: Norman Bates. Quien le da vida es Anthony Perkins, por cierto fue uno de los primeros homosexuales abiertamente asumidos de Hollywood. Pero es importante aclarar que el slasher no es ciento por ciento estadounidense, sino que está influenciado fuertemente por el cine de horror italiano, por ejemplo, Mario Bava y Dario Argento.

Después de *Psicosis* otra película sirvió como «proto-slasher», y esa fue *Peeping Tom*, que también profundiza en

la psique de un asesino en serie. Otra película previa es *La Matanza de Texas*, de Tobe Hopper, de 1974, que se inspiró en la serie de terribles asesinatos cometidos por Ed Gein. Trata de una familia de caníbales que vive en Texas, y su miembro más prominente es Leatherface, un mastodóntico tipo que usa una máscara de piel humana y asesina con una motosierra.

Pero el momento estelar de este cine será hasta 1978, cuando John Carpenter, uno de los directores más emblemáticos, saca a la luz *Halloween*. A partir de ese momento, inicia el slasher propiamente, pero eso lo veremos en la siguiente entrada, donde hablaremos a mayor profundidad de todas esas películas ochenteras que provocaron pesadillas a una generación.

Capítulo 3 «¿TE GUSTAN LAS PELÍCULAS DE MIEDO?»

Lo primero que Mateo Gómez pensó, mientras conducía rumbo al extenso sembradío de aquella fatídica noche de Halloween (o Día de Muertos, con la globalización da lo mismo) y llevaba a Leonardo Torres en el asiento contiguo al conductor, fue que la música que se suele reproducir para marchas del orgullo gay es muy mal soundtrack cuando vas a matar a alguien. Se le ocurrió escribirlo en su blog titulado «El Santo Evangelio Según San Mateo», pero nadie sabía de su existencia salvo él... Más que un blog, era su psicólogo en línea.

Maldijo el Ipod y el auto de Nicolás... Pero casi al instante cambió de parecer, al recordar que lo había tomado sin su permiso. Pensó en sangre, en gritos, en vísceras. En mucho dolor, mientras que escuchaba: «Oh no, not I I will survive as long as i know how to love I know I will stay alive...»

—Jodidamente contrastante —susurró.

—¿Dijiste algo? —preguntó Leonardo. Como no recibió respuesta, habló para sí mismo, como solía hacer, con monólogos—. Oye, pensé que a ti y a tus amigos les caía mal. Pero veo que no es así. Gracias por llevarme a mi casa. Qué bueno que saben reconocer la superioridad intelectual y las genialidad de un artista en ciernes, ustedes, pobres diablos.

Hizo un gran esfuerzo por no abrir la portezuela y bajarlo del auto de una patada. Prefirió concentrarse mientras conducía por el Bulevar López Mateos. Había recogido a Leonardo en el centro de la ciudad, pues él solía frecuentar los diferentes cafés culturales y librerías de la zona, donde hablaba de sus conocimientos en cine y arte en general, y de paso, menospreciar a todos aquellos que no fueran como él. «Lo que ustedes no entienden es que la extraordinaria obra de Bergman llega a niveles inalcanzables para ustedes. Es la dicotomía de lenguaje cinematográfico y literario. Es la epítome de las epítomes». A veces, Leonardo ni siquiera entendía las palabras que usaba... Pero eso lo hacía verse muy listo, así que no importaba. Por lo general, tomaba el transporte público a las ocho de la noche, para llegar a su casa a tiempo y no ser reprendido por su mamá.

Cuando caminaba rumbo al bulevar, Mateo lo interceptó, deteniendo el auto justo frente a él. Abrió la portezuela y dijo:

—¡Qué milagro! ¡Leo! ¿Te doy *ride* a tu casa? Quizá puedas enseñarme algo de música en el trayecto, porque lo que escucho es una mierda —teniendo en cuenta los gustos musicales de Nicolás, cualquiera se lo creería.

Justo en el Poliforum y el Hotel Real de Minas, Mateo dio la vuelta para entrar al bulevar Francisco Villa, para regresar a aquel sembradío de la fiesta de Halloween. Un tanto nervioso, reflexionó respecto a si aquel asesino aún estaría allí. Y si su idea no era una locura. Recordó cómo habían muerto los policías, mientras que Gloria Trevi cantaba «y me solté el cabello, me vestí de reina, me puse tacones me...»

—¿No tienes nada mejor que escuchar? —Echó un vistazo al asiento trasero—. ¿Y esa pala, para qué es?

—Es lo que hay. Si no te gusta, bájate. —Durante un segundo,

reflexionó. Supo que lo ideal para engañar a Leonardo sería sobar su ego. Hacerlo sentir inteligente, audaz, casi una deidad. Esa era la técnica perfecta para llevar gente como él al matadero-. Pero lo que deseo es que me enseñes, me muestres tu gusto alternativo.

Leonardo sonrió con arrogancia.

Mateo había llegado al extenso sembradío, a unos kilómetros de la colonia Valle de los Reyes. A lo lejos, podía verse una preparatoria privada y un supermercado Soriana. Se salió del bulevar para adentrarse en el campo. La oscuridad era total. Absorbente. Digna de algún tema musical de piano a una sola nota... pero se escuchó *Wake Me Up Before You Go-Go*. Siguió conduciendo mientras Leonardo hablaba sin parar sobre Borges, Joyce, Proust, Cortázar, Breton, Dalí, Magrite, Woody Allen, Buñuel y Christopher Nolan. Por cierto: se apasionó con este último. Despertó de su ensueño cuando Mateo comentó que no entendía por qué Nolan «hace sus películas tan pinches complejas. Nunca entendí *Memento* y por qué tanto puto sueño en la otra». Otro comentario hizo que Torres casi sufriera una embolia juvenil: «*Rayuela* es un elefante blanco. ¿Para qué sirve Cortázar? Para ligarte niñas ricas que fueron a París en Semana Santa. Para eso sirve. ¿Quién carajos ha leído todas las combinaciones de los capítulos? Un fantoche o un ocioso».

—¡Oye! ¡Yo no vivo por aquí! ¡Te desviaste demasiado!

Pero ya era demasiado tarde. Se estacionó justo en el mismo lugar donde los policías los detuvieron aquella noche del año pasado. Extrajo el blackberry de su bolsillo y lo encendió en el botón pertinente. Con ayuda de los faros todo saldría mejor. Los encendió, se quitó el cinturón de seguridad y bajó. Como si aquella cosa horripilante lo hubiera extrañado, emergió de la tierra en cuestión de minutos. No había cambiado

nada: sus harapos, su sudadera con la capucha puesta y su cuerpo cadavérico por el que corrían larvas, arácnidos e insectos. Los mismos cuchillos enterrados: dos en su espalda y uno en su pecho. La misma sangre seca. Caminó hasta donde estaba Mateo y lo abrazó y este, sin éxito, intentó reprimir el asco, pero correspondió al gesto. Después, señaló a donde estaba Leonardo, quien había bajado del vehículo y no paraba de gritar que se habían desviado. «Mátalo, compa», le susurró al oído lleno de cicatrices. El ser se soltó y caminó hasta donde estaba su nueva víctima. Leonardo pegó un único grito cuando el monstruo extrajo el machete de su pecho y se lo enterró en la yugular. Comenzó a descender hasta llegar a sus ingles, dejándolo, como bien señala Ghostface en la primera escena de *Scream*, «abierto como un maldito pez». El cuerpo se desplomó, realizando arcadas en el suelo... Todo estuvo acompañado de ABBA cantando *Dancing Queen*.

Mateo estaba temblando. No pensó que la criatura se ensañara tanto con alguien que simplemente le caía mal. Durante unos instantes, sus piernas no le respondieron. Estaba sudando frío. Por fin, pudo moverse. Corrió hasta el auto y sacó del asiento trasero la pala, comenzó a cavar en la tierra, entre jadeos. Apenas la pala golpeó la tierra, el monstruo se la arrebató. Lo primero que Mateo supuso fue que la usaría contra él, pero no fue así, porque el monstruo comenzó a cavar a gran velocidad, hasta formar un agujero en el que, acto seguido, enterró el cadáver. Después, lo sepultó.

–Vaya –exclamó Mateo, con miedo convertido en júbilo–. ¡Servicio completo!

La criatura corrió hacia él y lo abrazó de nuevo. Mateo quiso soltar un grito de júbilo, pero lo más sensato era permanecer en silencio. No le convenía llamar la atención. Se despidió de la criatura y regresó al auto. Arrancó. Alcanzó a

ver, en el espejo retrovisor, cómo volvía a tragárselo la tierra. Condujo a su casa verdaderamente feliz, cantando *It's Raining men*.

Ahora, su única preocupación era qué pensarían sus amigos. De seguro lo comprenderían. Sobre todo Nicolás, el más tolerante, tranquilo y apacible del grupo; el pasivo. Pensar en esa última palabra le hizo soltar una carcajada. «Pasivo». Sorprendentemente, impresionantemente, graciosamente, a Nicolás le encantaban los adverbios en voz pasiva. Bueno, que no lo tilden de homófobo. ¡Ja!

Capítulo 4 NUNCA DIGAS «AHORA VUELVO», PORQUE NO VOLVERÁS...

Cuando me enteré que Leonardo Torres estaba muerto, me dio tanta alegría que me pasé toda la noche bailando como John Travolta en *Pulp Fiction*. Cuando me enteré que el responsable había sido el estúpido de Mateo, porque me lo contó con lujo de detalles, sentí como si mi cabeza estallara igual que al personaje de esa película. Lo que más me molestó fue que tomara mi coche sin mi permiso.

Estábamos en mi casa. Mi madre me dijo que me buscaba Mateo, y ella salió a tomar un café con sus amigas, de modo que la sala estaba sola y disponible para que pudiera destrozarla con toda mi furia. Después quise abalanzarme contra él, con el fin de ahorcarlo, de darle unos buenos puñetazos, pero Mateo, que mide casi 2 metros, me detuvo colocando la palma de su mano en mi frente mientras que yo soltaba golpes al aire. Mancilló mi autoestima.

–No te pongas así. Sólo le ordené matar a alguien.

–¡Esa es fue misma justificación de Hitler!

–Ustedes los gays liberales para todo lo que no les gusta hacen comparaciones con Hitler. Además, Leonardo siempre te cayó mal.

–¡Pero no como para matarlo! Además, Bob sólo necesita

comprensión. Pobrecito.

Mateo me miró fijamente. Se acarició la barbilla y se quitó los lentes. Ahora, sus ojos eran más penetrantes. Incluyó la cabeza para observarme mejor.

–Nico... ¿Quién carajos es Bob? ¿Hay algo que nos estás ocultando?

No me atreví a mirarlo a los ojos. Me senté en el sillón, con las manos entrelazadas, mientras Mateo esperaba respuestas. Entonces, le confesé todo.

Desde aquella fatídica noche de la madrugada de 1 de noviembre, no pude dejar de pensar en la cosa que había aparecido para defendernos de los policías... asesinándolos. Tenía todas las características de un «psychokiller» de película «slasher» de los ochenta. Usaba armas blancas, era un muerto resucitado, se cubría la máscara y acababa de revivir gracias a un evento pasado en una fecha especial del calendario. Cuatro adolescentes se toparon con el monstruo, y antes, asesinó a unos adultos. Curiosamente, nadie se entera nunca de nada, y los crímenes acontecen en un lugar desolado, lejos de la civilización. Como suele suceder en esta clase de películas, salvo contadas excepciones, los adultos no tienen nada que ver. Casi siempre son adolescentes a quienes no se les cree, y todas las figuras de autoridad caen una tras otra. En *Scream*, Wes Craven señala las reglas elementales para sobrevivir a una película «slasher»: nunca tengas sexo, porque muchos de los asesinos están perturbados en este aspecto. Nunca bebas ni consumas drogas. Tercero, jamás digas «ahora vuelvo», porque no volverás. Nunca digas «¿quién está aquí?» y nunca investigues ruidos extraños. En las secuelas, el número de víctimas es más grande, y a veces, hasta los protagonistas pueden morir... Eso sin contar que hay ocasiones en las que el asesino posee poderes sobrehumanos,

por eso será difícil, sino imposible, de matar. De acuerdo con la cuarta parte de la saga, para el nuevo milenio hay sólo una regla que te salva, y es que seas gay.

Según el libro de Vera Dika, titulado *Games of Terror*, hay catorce puntos que definen toda la trama de una película «slasher»: Un evento conmemora la acción pasada. La fuerza destructiva del asesino se reactiva. El asesino identifica a los culpables. Un miembro de la antigua comunidad trata de advertir a la comunidad de jóvenes (opcional). La comunidad de jóvenes no hace ningún caso. El asesino acecha miembros de la comunidad joven. Un miembro de la autoridad, como un policía, intenta cazar al asesino... sin éxito. El asesino mata a los miembros de la comunidad joven. El héroe ve la magnitud de los crímenes. El héroe ve al asesino. El héroe pelea con él. El héroe lo mata o somete. El héroe es el único que sobrevive y, si es mujer, será la «screamqueen» o la «last girl standing» como Neve Campbell en *Scream* o Jaime Lee Curtis en *Halloween*. El héroe o la heroína no es libre: habrá secuela.

Pero en esta situación, un aspecto rompía con absolutamente todos los elementos del cine «slasher», y era que el asesino estaba a nuestro servicio, que consideraba sus amigos a los cuatro adolescentes a quienes oficialmente debía asesinar. La idea pasó por mi cabeza todo el mes de noviembre y durante todas las vacaciones navideñas. No pude hacer otra cosa que pensar en ello. No fue sino hasta el catorce de febrero (otra fecha festiva, por cierto) que me aventuré a ir a aquel lugar donde vimos al asesino. Antes de salir de casa, le dije a mi madre, como queriendo retar al destino:

—¡Ahora vuelvo!

Y lo cierto fue que volví. Opté por ir yo solo. Aquello era la clase de situaciones que vives con tus amigos pero prefieres

no comentar. Si es duro para cuatro inseparables camaradas aceptar que tuvieron diferencias, más lo es aceptar que fueron testigos de un asesinato donde el victimario es un muerto viviente con fuerza sobrehumana pero no es muy alto, algo así como la versión mexicana –y por tanto tercermundista– de Jason Voorhees.

Tomé el coche y conduje hasta el mismo lugar de aquella noche, estacionándolo en Plaza Maravillas, una serie de locales agonizantes que tenían la arrogancia de llamarse «centro comercial». Caminé por un sendero de terracería de varios kilómetros hasta llegar al terreno, que era bastante amplio: abarcaba gran parte del bulevar Francisco Villa, el bulevar Juan Alonso de Torres y la carretera León-Silao. En temporada de lluvias, un canal seco que surcaba el lugar se convertía en el Arroyo Los Naranjos. El terreno no tenía nombre; de hecho, ni siquiera en Google Maps estaba etiquetado, pero la gente del lugar lo conocía como «El Panchito» porque su nombre formal era «Quinta San Francisco». El maíz crecía al doble de la estatura de Mateo. Kilómetros y más kilómetros de tierra, plantas, hedor a estiércol. A lo lejos, podían verse los cerros que rodeaban la ciudad de León, Guanajuato. De repente, la ciudad se había convertido en campo. Esa era una de las características de la provincia mexicana: dabas un paso y estabas en el campo. Dabas otro y estabas en la urbanización. Por un lado veías ejecutivos con portafolios e Ipads y, por otro, gente con sombreros y mulas, labrando la tierra. Por un lado, edificios, y por otro casas de adobe. Caminé hasta donde se encontraba un pequeño lago. «Como Crystal Lake, pero en pinche», pensé. Seguí mi camino y me topé con un hombre obeso, que estaba sentado en el suelo. Usaba sombrero charro y fumaba un cigarrillo. Le pregunté si el lugar era peligroso. Si podían asaltar a alguien como yo. Respondió justo lo que

quería que respondiera... y lo que no. Respecto a lo que no, fue: «A usted, joven, con esa cara que tiene de niño estudioso, se me hace que hasta un manco lo asalta». Lo miré con algo de rencor y torcí la boca. Después, dijo lo que estaba esperando:

—Ahora que si lo que le asusta son los vivos, no, muchacho, mejor preocúpese de los muertos. Hace como veinte años se murió aquí un muchacho como de su edad. Dicen que se quitó la vida. Y ya ve, eso es pecado. A los suicidas no los quiere ni Diosito —se persignó—. Pero dicen, joven, que se aparece de vez en cuando. Pero no es como los fantasmas normales, que espantan y se van, o que piden algo, unas misas o lo que sea, pa que puedan descansar en paz sus almas. No'mbre, que va. Este es otra cosa. Este sí mata. De vez en cuando sale de la tierra, porque eso dicen, morrito: que la tierra se lo tragó así como así. Y cuando sale, saca un cuchillo con el que mata al pobre güey que tenga enfrente. Por eso, tenga cuidado. Si yo lo he visto, joven. A mí no me han contado. Sale de la tierra, lleva una capucha en la cabeza, como la de la muerte, y tiene los cuchillos enterrados y se los quita para asesinar a lo loco. A veces los cuerpos quedan aquí tirados, pero a veces la misma tierra, que está maldita, se los traga.

Me despedí del hombre y seguí mi camino hasta el mismísimo lugar de los hechos. Evité hacerle ciertos comentarios: 1) Si se había suicidado, ¿cómo podía tener cuchillos enterrados? 2) Si la tierra estaba maldita, no me explico por qué el maíz crecía tan bien.

De día, el lugar lucía muy diferente. Para empezar, no parecía la locación de una película de terror sino un pacífico terreno donde se labraba la tierra. ¿Asesinatos? No, para nada. Aquí hay tractores y mulitas. Lo único que se mata es al sorgo y la alfalfa. Me senté en el suelo de aquel lugar. Un par

de señoras que iban por las tortillas me dijeron que tuviera cuidado, que un fantasma se aparecía y mataba a la gente.

—¡Cuál fantasma, Martha! —recriminó su compañera—. ¡A esos policías que mataron fue porque servían al narcotráfico.

En cuanto las mujeres se alejaron, la tierra frente a mi empezó a moverse, como si un pequeño temblor hubiera acontecido. Una mano huesuda, pútrida, emergió de la tierra. Si se tratara de una película, el susto habría sido nulo, puesto que esa escena la hemos visto millones de veces en celuloide, pero como era la vida real, pegué un grito que hizo volar a varios pájaros que descansaban en las copas de los árboles. Emergió la otra mano. Los brazos. La cabeza. El torso. Con los brazos se impulsó para salir de la tierra. Allí estaba la criatura: de mi estatura, usando una sudadera con capucha y con tres cuchillos enterrados. Dos en la espalda, uno en el pecho. Emitía gruñidos y por lo que descubriría después, podía articular una que otra palabra. En cuanto me vio extendió sus brazos, contemplé insectos caminando por todo su cuerpo. Por un momento sentí asco, pero después de reflexionar unos segundos, supuse que no era buena idea hacerlo enojar. Acepté el abrazo y experimenté eso que llaman *deja vu*.

Me miró. Lo miré. No todos los días tienes a unos centímetros a un asesino slasher en la vida real. A partir de ese momento comenzamos a platicar, a entablar una amistad. Cada día, después de la escuela, y a veces cuando podía saltarme clases, iba a saludarlo. Le llevaba cómics y en una ocasión le quise prestar la trilogía de *Star Wars*, pero una vez que se las entregué, descubrí que bajo tierra no podía tener un reproductor de DVD.

—Eres un idiota, Nicolás —dijo Mateo, soltando una carcajada.

Le pedí a Mateo que se callara y me dejara continuar con el relato. Como iba diciendo, a partir de ese momento nos hicimos buenos amigos. Le pedí que me dijera su nombre, pero le era imposible. No lo recordaba. Por eso la bauticé como Bob.

—Sí. Bob. Robert. Por Robert Englund. Ya sabes, el actor que da vida a Freddy Krueger.

—Definitivamente, eres un idiota, Nicolás.

Insistí que no me interrumpiera. Y que le gustara o no, nuestro nuevo amigo ya respondía a ese nombre. Después de que conociera mis gustos le empecé a inducir en mis puntos de vista políticos. Le platicaba de los Hermanos Flores Magón, el Che Guevara, la izquierda mexicana, Harvey Milk, y, por supuesto, mi odio a la iglesia católica y todas las religiones. Le platiqué sobre James Randi y Penn and Teller y la importancia del pensamiento escéptico. Lo cual era paradójico, teniendo en cuenta que hablaba con una entidad sobrenatural.

—Espero no le hayas contagiado tus gustos musicales de marica.

—De hecho, le canté *Like a Prayer*.

—Reitero: eres un idiota.

—Espero que sea la última vez que me interrumpas. El problema fue que le contagié mi aversión al clero tanto, que eso me metió en problemas. En serios problemas.

Cada domingo mi madre me obliga a ir a misa. Mi padre, como todo izquierdista sobreviviente del año sesenta y ocho que es, aborrece al clero y ha jurado ante Marx no poner un pie en un templo. Pero su único hijo, o sea yo, tiene que soportar, todos los domingos, estar sentado durante una hora escuchando a un idiota con sotana decir la homilía y no sé qué más. El padre Patrick Connell es un anciano de procedencia

irlandesa de más de sesenta años, un viejo anquilosado que apesta a vino de consagrar y a polilla. Siempre me ha caído mal. Estudié la secundaria en escuela de sacerdotes y tuve que soportarlo a diario, pues era mi director. El tipo solía acariciar todas las mañanas a la secretaria que cual cancerbero resguardaba su oficina. Juro que más de una vez los ví besándose. Patrick era un hombre que profesaba la abstinencia, los buenos valores, pero todo el tiempo tenía sexo con su secretaria. Cuando terminé la secundaria y entré a la Preparatoria Oficial de la Ciudad, le dí gracias a Dios por alejarme de sus representantes. Años después, Mateo me dijo que debería dar gracias a ese mismo Dios que el padre Patrick fuera un mujeriego, porque de otro modo, siendo como son los sacerdotes, me habría violado... Reflexionando sobre esto, tuve una idea que nunca pensé que se concretaría: le platicué a Bob sobre Patrick, y le dije que era pedófilo, que violaba niños y que merecía un castigo ejemplar. Le comenté un lunes por la mañana, en una de mis múltiples visitas, que alguien debería mutilarlo donde más le doliera. Ese domingo, el sacerdote dio su última misa. Con un gesto de notoria depresión, dijo que se retiraba, que pasaría el resto de su vida en Roma, porque la inseguridad en México era terrible. Su último sermón trató sobre la importancia de la abstinencia, y citó el pasaje bíblico en el que Jesús expulsaba a los demonios y los trasladaba a una piara. Afirmó que los demonios existen, que muchos de ellos ya están entre nosotros, que usan cuchillos y se parecen a los personajes de esos filmes de terror que a los jóvenes tanto les gustan. Solté un grito y mi madre me dio un pellizco en la pierna. Pensé en por qué Patrick hablaba sobre esa clase de asesinos. Su sermón se hizo cada vez más inconexo. Hablaba sobre la falta de fe, sobre demonios que castigaban a los pecadores, que entraban a su casa sigilosa-

mente, usando una sudadera con capucha y con cuchillos enterrados en la espalda; moviéndose como cadáveres ambulantes. Después empezó a llorar. Y dijo un tartamudeante «adiós».

–¡Mierda! –exclamé, y de nuevo mi madre me pellizcó.

Ese mismo domingo en la tarde regresé a «El Panchito». Grité a Bob tan enérgicamente como me fue posible. Propiné patadas al suelo hasta que emergió como solía hacerlo. Esta vez, llevaba un objeto largo y cilíndrico en sus manos. Estaba amoratado. Una punta tenía sangre y la otra un prepucio. Me lo entregó, como si se tratara de un regalo. Lo peor fue que lo hizo con ternura. Dí un paso atrás. Por ningún motivo quería tocar un pene.

–No mientas, Nicolás –interrumpió una vez más Mateo.

Me refiero a un pene mutilado. No es agradable. En ese momento supuse que no nos quitaríamos de encima a Bob. Que de ahora en adelante estábamos atados a él. Por fortuna, los únicos que habíamos creado un vínculo tan estrecho con él éramos Mateo y yo.

Esa misma tarde nos quedamos de ver con Roberto y Antonio en el Starbucks del centro comercial Plaza Mayor. Les contamos lo que habíamos hecho, mientras ellos nos miraban bastante apenados. Fue cuestión de minutos para que confesaran. Fue un momento sumamente tenso. Por unos instantes, Antonio, quien era el menos embarrado de sangre del grupo, juró dar por terminada nuestra amistad.

–¡Esto es el fin! ¡No volveré a dirigirles la palabra!

Y entonces lo dijo. Aquello que nos aterró, porque sabíamos que la cosa iba en serio... Que no estaba molesto, sino que verdaderamente pensaba cortar toda relación con nosotros. En generaciones anteriores a la nuestra, un amigo que no te quiere volver a hablar simplemente lo dice. Pero en la

nuestra, lleva a cabo una acción peor:

–¡Esta vez va en serio! ¡Nicolás, Mateo, Roberto.... Voy a eliminarlos de Facebook! ¡Y dejaré de seguirlos en Twitter!

–¡No tienes por qué llegar a esos extremos! –gritó Roberto, visiblemente aterrado, al igual que Mateo y yo.

–¿No? Acaban de cometer una serie de crímenes imperdonables. No es para menos.

Cuando la gente nos volteó a ver, decidimos salir del café y caminar por el centro comercial. Los cuatro estábamos desconcertados. ¿Qué era peor? ¿Ser víctimas de un asesino slasher o tener al asesino a nuestro servicio? No lo sabíamos. Lo cierto era que después del berrinche de Toño («Los eliminaré de Facebook», carajo, sé que mandar matar a alguien es una cosa seria, pero llegar a esos límites es algo casi imperdonable), Mateo nos abrazó, y todos respondimos al abrazo.

–Somos amigos, después de todo –susurró.

Y así era. Pasara lo que pasara, aunque todos los asesinos del cine de terror nos agredieran o nos apoyaran, estábamos juntos. El fumador de mota, el gay, el nerd y el hijito de papá. Juntos, enfrentando machetes, garfios, sierras eléctricas o garras de pesadilla.

Capítulo 5 CORREO ELECTRÓNICO DE ANTONIO LUNA A ROBERTO TORREBLANCA

De: antoniomoon@peliculasdemiedo.com.mx

Para: betorreblanca@peliculasdemiedo.com.mx

Asunto: PERROS CHIHUAHUEÑOS

Beto:

Hace unos días me entró la paranoia, por eso prefiero usar el correo electrónico de nuestro sitio web que el inbox de Facebook o Gmail o Hotmail. Estoy verdaderamente nervioso. Creo que tú también lo estarías si descubrieras una brocheta que en vez de carne tiene las cabezas de cinco perros chihuahueños.

Te juro que no se debe a que ya estoy alucinando por fumar tanta mota y hacer tantos pastelitos de cannabis, de esos patentados que preparo con los ingredientes de la clase de mi hermana Yoya, que estudia la carrera de Gastronomía. Todo lo vi en mis cinco sentidos y de hecho dejé de fumar mota la semana pasada, cuando fue lo de las cabezas de perro ensartadas.

No ha sido responsable la marihuana, sino el monstruo. Claro, me refiero a esa versión región 4 de Jason. A ese Michael Myers de supermercado chiquito, de colores rojo y amarillo, de esos pinches que abundan en cada esquina y que

solo sirven de punto de reunión para mi dealer.

Le hice caso al idiota de Nicolás cuando me dijo que Bob – sí, así lo llama, como Robert Englund, Freddy Krueger. Carajo. No entiendo por qué nuestro amigo no cumple con el estereotipo del gay y le gusta la moda y es afeminado. Quizá el monstruo se llamaría Queen Butterfly o algo así– hacía favores asesinando a la gente que te cae mal... Le dije que yo soy muy aliviado, que la mota me hace amar a todos y a todo, incluso al presidente y su guerra contra las drogas. Sin embargo sí hay alguien a quien odio, pero no es un ser humano... sino cinco animales. Se trata de Pío, Benedicto, Karol, Inocencio y Clemente; los cinco perros chihuahueros de mi vecina solterona, Doña Esperanza. Como no tiene esposo, hijos, amigos ni vecinos que la soporten, sustenta su existencia con esos cinco perros cuyo sentido en la vida es cagarse en la puerta de mi casa, ladrar y gemir en la madrugada. Lo peor es que cuando llego a casa, con mi playera de colores verde, amarillo y rojo y mis tenis Vans, y Doña Esperanza saca a las bestias a retozar en la acera, lo primero que hacen es perseguirme y saltar a mi cabello. En más de una ocasión he perdido un par de rastas por esos pequeños colmillos de piraña. Realmente odio a esos perros, que en cuanto Doña Esperanza abre la puerta salen a perseguirme. Fue idea de Nicolás que Bob acabara con ellos. Me dijo que había que matar a esos putos animales, que los de PETA podrían irse al infierno. Y me lo dijo mientras veíamos *Glee* en su casa. Por un lado hablaba de litros de sangre y sufrimiento y por otro decía, con tono de ternura:

–Ahhhh... Quiero que Kurt Hummell sea mi novio.

Independientemente de lo contrastante que resulta Nico, le hice caso. A veces me siento forzado a obedecerlo, y es porque me siento responsable por él. Digamos que cada vez

que lo veo con los ojos rojos, sosteniendo un churro de hierba y sonriendo, mientras me dice «¡gracias a ti conocí esto!», el complejo de culpa me golpea. Dicen que si no la controlas, mejor no la fumes, y Nicolás no sabe controlarla. En fin, lo cierto es que hice lo que me sugería: arrancar un mechón de pelo a cada uno de los chihuahueros (casi me cuesta un dedo) y llevárselo a Bob, mientras le ordenaba «¡MÁTALO!» No creí que pasara nada...

Aquella noche, después de mi tradicional brownie con ingrediente verde, me dormí. Mi hermana Yoya, estudiante de primer semestre de Gastronomía, como te dije, me preguntó dónde había dejado sus brochetas. Le dije que yo no soy su chef, que cuidara sus porquerías. Te pasas, pinche Toño. Yo siempre te guardo tu marihuana para que papá y mamá no se den cuenta. Una poca de reciprocidad, carajo, protestó, mientras se iba a su cuarto azotando la puerta del mío. Me dormí y desperté ya entrada la madrugada. Sobre mi cama estaba la brocheta de Yoya, con las cinco cabezas de los perros ensartadas una encima de otra. La sangre empapaba las sábanas. Me incorporé rápidamente, guardando la brocheta en mi mochila. En cuanto amaneció, los gritos de la vecina no se hicieron esperar. «Mis perros... mis perros... mis pobres perros». Mi padre también gritó, pues alguien había forzado la chapa de la puerta de la entrada de nuestra casa. Mi mayor temor fue que alguien me preguntara por qué había sangre en las sábanas de la cama, pero yo ya tenía dos respuestas: 1) Sangrado anal por adicción a la cannabis. 2) Menstruación masculina. Pero nadie preguntó nada, todos los vecinos estábamos aterrados por tan inefable crimen. Mi padre, defensor de los animales, aquella tarde golpeó a la mesa a la hora de la comida, diciendo:

–¡Salvajes! ¡En este país, ni los perros se salvan de ser de-

capitados!

–Eso le pasa a la vecina por ponerle a sus perros nombres de papas –dije.

–¿Alguien ha visto mis brochetas? –preguntó Yoya.

Capítulo 6 CORREO ELECTRÓNICO DE ROBERTO TORREBLANCA A ANTONIO LUNA

De: betorreblanca@peliculasdemiedo.com.mx
Para: antoniomoon@peliculasdemiedo.com.mx
Asunto: RE: PERROS CHIHUAHUEÑOS

Toño, creo que tu caso es el menos grave. Tienes razón en usar el correo electrónico de nuestro portal, porque de otro modo sería sumamente peligroso. ¿Te acuerdas de Diana, la novia en turno de mi papá? Sí, la que siguió después de su quinto divorcio. Sí, la que pertenece al grupo de señoras de La Vela Perpetua. Sí, la que los corrió de la casa a ti y a Nicolás por tratarse del drogadicto y el joto. Sí, la que tú comentaste «Pinche vieja, ojalá y se muera» mientras Nico agregaba: «Sí, pero que no sufra...» Pues se te hizo realidad el deseo, lástima que el de Nico no.

Diana Pons Plasencia se divorció hace un año. Es una puta trepadora que pasa la mitad del día teniendo sexo con cholos y la otra mitad buscando maridos entre la alta sociedad de la ciudad, uno de ellos el pingaloca de mi padre, quien gracias a su dinero puede conseguirse novia y cambiar de pareja como quien cambia de boxers. Por eso yo no quiero ser como mi padre. Cuando me dijo que me inscribiría en el Tecnológico de Monterrey, le dije no gracias, viejo, yo quiero ir a la prepa-

ratoria oficial. Quiero demostrar que puedo hacer las cosas por mi cuenta.

Por ejemplo, tener una codependencia emocional. Mi padre siempre necesita a una mujer para sentir que vale algo (en eso yo y mis 3 medios hermanos estamos de acuerdo). Apenas llega una mujer que le mueve el trasero, y él ya está babeando. Todas las novias de mi padre han sido tolerables, salvo esta última. En cuanto comenzó a salir con él empezó a criticarme. Que por qué me visto así. Que por qué escucho tal música. Que por qué no me inscriben en un internado en el extranjero. Que por qué tengo a un amigo larguirucho, otro maricón y otro adicto. Diana tiró mis libros, mis discos, remodeló mi cuarto colocando un crucifijo en la cabecera de mi cama... Y mi padre, embrujado por su hechizo. Lo bueno fue que el monstruo ese, como quiera que se llame, acabó con ella.

A diferencia tuya o de Mateo, yo no tuve que ir a pedirle el favor de matarla. Simplemente la criatura apareció. Como si me leyera la mente, como si supiera que yo odiaba a Diana y que la quería ver muerta. Como si oliera mis emociones. Sí, Toño, se que suena muy estúpido, pero así es.

Desde aquella noche de 1 de noviembre, no he sabido nada del monstruo. No fue sino hasta hace dos días que me topé con él.

Aquella tarde regresábamos a casa. Mi padre y Diana me habían recogido de un retiro espiritual al que asistía obligado por aquella arribista. Mi padre conducía por el bulevar Juan Alonso de Torres que, como sabrás, a las diez de la noche parece carretera y no parte de la urbanización. A esa hora prácticamente no transitaba otro auto además del nuestro. El carro se detuvo a mitad de la carretera. Había luna llena.

¿Así o más cliché?

Pues no. Más cliché: estuvimos durante cinco minutos in-

tentando que el coche arrancara, cuando de súbito, del cofre comenzó a emanar vapor y un ruido siseante, que no advertía nada bueno. Diana tomó a mi padre de su brazo, que sostenía el volante, diciendo que ella revisaría el motor, porque no hay un hombre joven ayudándolo, y mientras abría la portezuela, me miró con un gesto de desprecio. Vi cómo abrió el cofre, y una nube de vapor cubrió toda nuestra vista. A lo lejos observé una figura de mediana estatura, que se acercaba a Diana. Mi padre estaba desconcertado, pero yo aterrado... porque ya sabía de quién se trataba... Pero no fui tan idiota como para salir del vehículo. El monstruo tomó a Diana de la nuca, apretándola tanto que se escuchó como se quebraban algunos huesos, para después golpear su rostro contra el motor ardiendo. El siseo fue acompañado de un alarido. El siguiente acto, para cumplir de acuerdo con el cliché, fue cerrar el cofre sobre el cuerpo de Diana una, otra, otra y otra vez. Lentamente, los alaridos se silenciaron. Mi padre, frenético, no dejaba de intentar hacer que el coche arrancara. Miró el cadáver de Diana mientras el monstruo lo levantaba del cuello como un muñeco de trapo y lo arrojaba a la acerca. Mi padre no dejaba de gritar, cuando por fin el auto arrancó... Sí, cumpliendo con el cliché, y cumpliendo también con el cliché mi padre lo atropelló y éste se puso de pie sin ningún problema.

Lo que no cumplió con el cliché fue que el asesino despiadado se despidió de mí amablemente, gesto que, por fortuna, mi padre no pudo ver.

¿Cómo la ves? Estamos viviendo una película salsher. Pero en esta situación, no hay que temerle al asesino o a sus acciones... sino al hecho de que esté de nuestro lado.

¿Qué hacemos? ¿Permitimos que siga matando? ¿Lo detenemos? Si es así... ¿Cómo?

¿Te confieso algo? Me agradó que matara a Diana. Y sé que a tí te agradó que matara a los perros. Y sé que a Mateo le agradó que matara a Leonardo (a mí también, sinceramente); lo que no estoy seguro es si a Nicolás le encantó ver aquel pene mutilado.

Interludio 2 FRAGMENTO DEL BLOG DEL PORTAL WEB ESPECIALIZADO EN CINE DE HORROR «¿CUÁL ES TU PELÍCULA DE MIEDO FAVORITA?»

El secreto que todos quieren ignorar: el cine slasher

Por: Nicolás Sarabia, webmaster

En una ocasión, Rob Zombie, músico de metal y director del subgénero cinematográfico que ocupa tanto la entrada pasada como ésta, declaró que «El slasher es el secreto que todos quieren ignorar». De igual manera, este género es popular entre personas que sufren de represión, porque tienen la posibilidad de dar rienda suelta a su lado más libre. Wes Craven, director de *Scream* y *Pesadilla en Elm Street*, ha declarado respecto a su niñez: «crecí en una familia muy religiosa y me pasé toda la vida controlando mi comportamiento. No podías decir malas palabras ni beber alcohol, y creo que las películas de terror son lo contrario, la libertad de ser salvaje y hablar de cosas que los buenos chicos no hablan». Craven ha sido uno de los directores más criticados porque sigue haciendo películas de terror. En una entrevista, declara: «He aprendido a no leer las críticas. Leí una de un tipo que decía que prefería que le clavasen agujas en los ojos que volver a ver una película mía, y duele, por supuesto. Las evitas, pero te pueden destruir (...). Si lees una crítica de alguien que pro-

bablemente sea inteligente y dice que tu película es una basura, puede ser duro».

Pero después hablaremos de Craven. Ahora, pasemos a *Halloween*, que fue lo que dejamos inconcluso la entrada anterior.

Cuando Alfred Hitchcock filmó la clásica escena de la regadera en *Psicosis*, se cuenta que desde su silla de director comentó: «esto podría ser el principio de algo...» Es obvio que un director de su talla no hizo slashers, pero sí sirvió de inspiración para que John Carpenter perfeccionará su estilo.

Halloween es la historia sobre un niño que mata a su familia, y siendo adulto se convertirá en uno de los villanos más memorables del cine: Michael Myers, quien escapa del manicomio para seguirle la pista a su hermana Laurie Strode. Aquí se cumplen dos elementos esenciales del slasher: siempre hay alguien sexualmente alterado, y sólo los guapos se libran del asesinato.

En 1978 fue cuando el género alcanzó la nota perfecta, con *Halloween* de Carpenter, y tuvo éxito, según el director, porque surge en un momento en que la gente quería un miedo seguro, porque el derechista de Carter era presidente y recién había matado gente el reverendo Jones. Carpenter aceptó 300 mil dólares por filmar: algo muy barato. Todas las críticas del filme fueron pésimas, salvo una del *Village Voice*, que la consideró un filme muy original.

Viernes 13 es consciente que llegó después de *Halloween*, recuerda Sean S. Cunningham, su director. Tuvo éxito porque hicieron lo que hasta ese momento nadie había hecho: violencia extrema. Al final de la película, nos damos cuenta que el responsable es su madre y no Jason, quien aparecería en entregas posteriores, y no sería sino hasta la tercera parte que usaría su característica máscara de hockey. Betsy Palmer

personificó a Pamela Voorhees, madre de Jason, niño deforme que muere ahogado en el campamento cuando sus instructores están cogiendo. El personaje de la madre de Jason es la progenitora: muere y mata por su hijo. De un presupuesto pírrico, se ganaron 40 millones de dólares. Nadie se lo esperó... Pero al final de la película, que fue lo mejor, vemos a Jason resucitado, saliendo del lago. Este final abierto, al estilo de *Carrie*, fue innovador en su momento: creemos que ya todo terminó pero no es así.

Después de *Viernes 13* siguió *Prom Night*. Y luego, el estallido del slasher: *My Bloody Valentine*, *The Prowler*, *Blood wedding*, *He knows you're alone*, *Happy birthday to me...* A finales de 1980 el slasher ya estaba bien establecido. Toda clase de armas servían para destazar gente: cuchillos, flechas, hachas, cuerdas, paraguas, destornilladores, y la favorita: motosierras. Aún faltaba tiempo para que entrara el arma más característica: el guante con cuchillas como garras.

El patrón del slasher, según Carpenter, es simple: adolescentes amenazados por alguien con una máscara, y un asesino los destazaba. Citando a Carpenter: «el asesino slasher es la fuerza imparable, hagas lo que hagas no podrás escapar de él. Todo lo que temes está oculto detrás de esa máscara. Sabes que es más fuerte que tú. No es fácil escapar en el slasher. Es en un cierto día, un cierto lugar: viernes 13, Halloween, noche de graduación... saldrá del ambiente donde la víctima se siente segura.»

Pero llegaría un momento de dificultad para el Cine Slasher con la aparición de *Silent night deadly night*, dirigida por Charles E. Sellier, Jr. La película tenía por asesino a un Santa Claus psicópata. Durante las exhibiciones, la derecha conservadora de Estados Unidos intervino, y era común ver gente protestando con pancartas a la entrada de los cines. Fue, sin

duda, la película más controvertida de 1984. Respecto a esto, Wes Craven recuerda que «el género de terror es el más fácil de criticar». Curiosamente, hay una escena en la que una monja golpea a un niño para disciplinarlo, y resulta más aterrador que los crímenes del Slasher Claus. Eso sin mencionar que, como en todo slasher film que se precie, a las monjas les encantaba fornicar. Cuando la vimos mi amigo Antonio y yo, nos preguntamos:

—¿Las monjas también tienen sexo?

Quizá, la censura por usar a Papá Noel como asesino fue una excusa para censurar su auténtico objetivo: la crítica a las monjas como mujeres violentas, sádicas, golpeadoras de niños, malas educadoras y deseosas de sexo.

Capítulo 7 EL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

«El Santo Evangelio Según San Mateo...» Vaya nombre que elegí para mi blog. Yo, Mateo Gómez, estudiante modelo, larguirucho de casi dos metros, blanco de todas las burlas en la escuela. Muchacho delgado, de lentes, débil, aficionado a la lectura y con nombre de evangelista. Vaya ironía. Es como apellidarte «Calvo» y tener una abundante melena.

Me llamo Mateo, este es mi blog, que por cierto lo tengo restringido para cualquier cibernauta, incluido mi padre y mis amigos. Ni siquiera yo me entiendo: ¿Por qué escribo en un blog cuando lo más sencillo sería transcribir mis pensamientos en un archivo de Word? Sólo la blogosfera lo sabe.

Hace unos meses, mis amigos y yo nos topamos con un asesino con poderes sobrenaturales, que parece sacado de una película de Wes Craven. Es raro enfrentarme a un ser así. Si para mis amigos lo es, para mí lo es todavía más. Y es que ver cientos de películas de terror donde un tipo enmascarado asesina gente es muy divertido, pero ver morir a tu madre es una cosa muy diferente. Mi madre murió justo cuando inicié la preparatoria, y apenas conocía a Antonio, Roberto y Nicolás. Así fue como comprendí que eran mis amigos... Porque para ir a una fiesta y ponerte hasta el tope de borracho,

cualquiera es tu amigo; pero en los momentos difíciles son pocos quienes realmente lo son.

Nunca antes he escrito en mi blog sobre la muerte de mi madre, y creo que esta es la ocasión perfecta, ahora que el idiota de Nicolás ha establecido relaciones diplomáticas con una criatura sobrenatural que mata a las personas que nos caen mal.

No me costó trabajo hacer que Bob matara a Leonardo... Pero cuando mi madre falleció a causa de la diabetes, fue uno de los momentos más duros de mi vida. Es curioso cómo podemos ver películas en las que un asesino acaba con miles de personas, y como le deseamos la muerte a alguien, pero cuando se va uno de nuestros seres queridos, nos quedamos petrificados.

La diabetes atacó a mi madre como un asesino de película slasher: silencioso, directo, frío. Letal. De súbito se empezó a sentir mal. En una semana estaba en cama. El lunes le dolía la cabeza. El martes no podía moverse. El miércoles vomitaba todos los líquidos que mi padre y yo le dábamos, y el jueves el médico le diagnosticó coma diabético. Terminó en el hospital, con veinte kilos menos, ojeras tan negras como la oscuridad que describe Lovecraft en sus cuentos, y un coma diabético. El viernes recibimos visitas de toda la familia y amigos, y el sábado a las ocho de la mañana, el médico firmaba el certificado de defunción. Tres horas más tarde, velábamos su cadáver en una capilla de «Gayosso», unos empresarios de pompas fúnebres que se han hecho ricos gracias al sufrimiento de otras personas. Intenta imaginar a un chacal, una hiena y un buitro con traje Armani, y sabrás de lo que hablo.

Mi padre y yo nos quedamos toda la mañana velando en cuerpo. Nos veíamos completamente dispares: él mide un metro sesenta y cinco, y yo casi dos metros. Pese a la dife-

rencia de estaturas, ninguno de los dos sabíamos cómo reaccionar. Poco a poco fueron llegando los familiares y amigos a darnos el pésame. Conté las frases hechas, los clichés y lugares comunes que suelen decirse a las personas que han pedido a un ser querido: «Lo siento mucho», un total de 100 veces. «Entiendo cómo te sientes», 95 veces. «Te acompaño en tu dolor», alrededor de 80 veces. «Son cosas que pasan» casi 75 veces. Sé que la gente quería ser amable, pero en ese momento sólo quería escupirles a la cara y masturbarme en sus elegantes trajes que usaban para visitar el cuerpo de mi madre, enfundado en la proverbial pijama de madera. Quería llorar, estaba furioso, dolido, triste... Ya sabes, eso que Elizabeth Kubler-Ross llama las etapas del duelo.

Al atardecer, un automóvil se estacionó a las puertas de la funeraria. Lo conducía Nicolás, y en él iban Antonio y Roberto. Es curioso... Pese a que Roberto es quien tiene mayor poder adquisitivo, quien tiene coche y nos lleva a todos lados es Nicolás, posiblemente porque Roberto es incapaz de conducir un auto estándar sin atropellar postes de luz, árboles, perros callejeros y vagabundos.

Los tres no dijeron una sola palabra. Simplemente me abrazaron. En ese momento, comencé a llorar. Entonces, Roberto dijo la palabra de aliento que a nadie más se le había ocurrido: –Eres fuerte. Vas a salir adelante.

Los cuatro entramos a la capilla donde velaban el cuerpo de mi madre. Permanecimos allí tomando café, hasta el amanecer. Al día siguiente fue la misa de cuerpo presente, y horas después, la enterraron.

Había perdido a mamá, pero tenía amigos. Nada mal, para ser sinceros.

Insisto: es curioso cómo los aficionados al género de terror podemos soportar las muertes más violentas. Los litros de

sangre, las vísceras y las torturas al estilo Eli Roth, pero en cuanto un familiar muere a causa de cáncer, sida o diabetes, somos tan sensibles como quienes gustan de las comedias románticas.

Incluso no me importó asesinar a Leonardo, pero el hecho de que el exceso de azúcar matara a mi madre, me destroza por dentro.

Pero en fin... La diabetes es un asesino real. Y Bob no tenemos idea de si lo es o si no.

Dejo de escribir en mi blog que nadie salvo yo lee, y enfrente la realidad: tenemos a un asesino que podemos controlar... Y al igual que la diabetes, no es nada dulce.

Capítulo 8 PROPAGANDA VIRAL

La ley de Murphy dice que «cuando algo puede salir mal, saldrá mal...» Y siempre, siempre, las cosas pueden empeorar. Nicolás, Mateo, Antonio y Roberto se dieron cuenta de ello un mes después de que platicaron sobre su nuevo amigo en el Café Starbucks del centro comercial.

Curiosamente, los sangrientos asesinatos acontecidos desde noviembre del pasado año a los dos policías, al estudiante de preparatoria, a la mujer de clase alta y a los cinco perros chihuahuenses, pasaron por alto a la policía. Los medios de comunicación los notificaron, pero el público los olvidó en cuestión de semanas. Había eventos más importantes, como la presencia de Miguel Bosé o la Feria Anual de la Ciudad. A nadie le importó que un alumno de la preparatoria oficial hubiera muerto, salvo a sus padres. A nadie le importó si todos los asesinatos eran extremadamente sádicos.

A nadie... Salvo cuando un video se empezó a difundir en la Internet.

Nicolás fue el primero en darse cuenta, cuando escribía la nueva entrada de su blog. Había recibido un link en el foro de discusión del sitio web, que llevaba a un video titulado «ASESINO SLASHER DE LA VIDA REAL». Por un momen-

to, Nicolás se dio el beneficio de la duda... Hasta que el video se cargó y pudo verlo. El lugar era «El Panchito». Los faros de un coche iluminaban la escena del crimen. La víctima era Leonardo Torres, y el victimario...

–¡PUTA MADRE! –gritó, y de inmediato mandó mensajes privados al inbox de sus amigos comentando lo sucedido, y anexando el enlace con el video. Minutos después, recibió respuesta de Mateo, quien les pedía a sus amigos verlos. «Mañana, en la biblioteca de la prepa», y anexaba un emoticón de carita triste. Nicolás llevaba suficiente tiempo conociendo a su amigo para saber que tenía algo que ver...

Al día siguiente, los cuatro se reunieron en la biblioteca, según lo acordado. Mateo no tardó en hacer la confesión: «Yo fui quien grabó el video». Roberto casi se desmaya, Antonio le dio un zape y Nicolás, simplemente, no reaccionó. Sólo dijo: «Un millón de visitas en tan sólo dos semanas. Eso es un récord mundial, ya ni Sean y Werevertumorro juntos». «¡Ni la Tigresa del Oriente! ¡Ni Delfín Quishpe!»

Ante la mirada recriminatoria de sus amigos, Mateo les contó todo: grabó el video con su blackberry y lo subió a YouTube. ¿Por qué? Pues porque supuse que sería divertido, todos odian a Leonardo, además hoy en día todo mundo sube todo a Internet. Y podía ser un buen cortometraje de terror, no la porquería que había filmado Nicolás aquella vez...

–¡CÁLLATE, SO HIJO DE PUTA! ¿NO TIENES SUFICIENTE CON METERNOS EN PROBLEMAS TAN SERIOS COMO PARA ADEMÁS HUMILLARME?

–Nico, tu cortometraje fue una basura. Admítelo. Así descubriste que como director de cine de terror simplemente no la armas.

–¿No creen que tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos? –cuestionó Antonio, conciliador–. Como por

ejemplo, no acabar en la cárcel, donde tendremos la primera noche una verga de treinta centímetros hasta la garganta.

—A Nico le encantaría —susurró Mateo.

Pero nada les permitía alivianarse la presión y el miedo, ni siquiera el hecho de que Mateo aseguraba que había subido el video en un cybercafé y desde una conexión segura, y que había tenido la cautela de filmarlo lejos del coche y de cualquier dato que los pudiera incriminar o comprometer. Lo cierto fue que pasaron dos meses y nadie sospechó siquiera que ellos fueran los implicados. Por el contrario, el video no se convirtió en un horrendo filme snuff ni en un caso de violencia como tantos que abundaban en la red, sino en una verdadera sensación. El «REAL LIFE SLASHER» era la nueva moda de la red. Se habían hecho parodias, versiones con personajes de Los Simpsons, actuaciones en vivo, y se transmitía en una página de «memes», es decir, personas o conceptos que se hacen famosos gracias a la red. Uno de los más crueles crímenes jamás perpetrados en la historia de una ciudad pequeña como León, Guanajuato; era motivo de emoción, diversión y parodia. Los sitios web de memes lo exhibían al lado de La Tigresa del Oriente, el CANACA, Peanut Butter Jelly Time, Raptor Jesus o Star Wars Kid. Incluso habían sitios web que vendía playeras con el estampado de un cuchillo y la frase «I LOVE REAL LIFE SLASHER!» Otros vendían sudaderas con capuchas. Si algo no había logrado aquel video, era incriminarlos. De nada sirvió la madre de Leonardo, quien habló ante los medios de comunicación diciendo que la víctima era su hijo. No obtuvo la aprobación del público, sino muchos pulgares abajo en su video de Youtube y un grupo en Facebook: «YO TAMPOCO CREO QUE ESA LOCA SEA LA MAMÁ DEL TIPO DEL SLASHER REAL».

Fue entonces cuando Nicolás tuvo la idea de usar a Bob.

Pero un constante temor persistía en el cuerpo y la mente de los cuatro: ¿por qué la policía no había dado con ellos? ¡Ya eran demasiados asesinatos, y tenían, con ese video, la evidencia a un click de distancia!

Capítulo 9 MANIAC COPS

Aquella mañana, la Secretaria de Seguridad Pública del Estado de Guanajuato, María Guadalupe Angulo, se reunió con el director de la policía municipal de León, Ricardo Echeveste, en la Central de Policía de León (CEPOL).

Echeveste le expuso a Angulo los hechos: desde noviembre del año anterior, León había sido escenario de espantosos asesinatos, como nunca antes en su historia. Dos policías, un estudiante y la novia de un exitoso empresario fueron encontrados dos en el mismo sitio y la tercera en uno cercano. Después de que Angulo y Echeveste enviaran a sus agentes a investigar, la única respuesta no es satisfizo... Sino que al contrario: les pareció completamente incoherente.

–No puede ser. Simple y sencillamente no puede ser –exclamó Angulo, mientras miraba a Echeveste, sentado al lado opuesto de su escritorio–. No es posible.

–Ya sé que no es posible, pero no hay otra explicación al respecto. De acuerdo con las investigaciones que hemos realizado, en la hemeroteca de la ciudad y con sondeos, todo nos conduce a lo mismo: el asesino es un muerto que resucitó para cobrar venganza.

–Dos cosas al respecto, Ricardo: la primera es que no hiciste

sondeos, sino que torturaste gente. La segunda, que es imposible que se trate de un muerto viviente asesinando gente y que sea imparabile. ¿Crees que esto es una puta peli de miedo?

–No digo que sea eso, lo que digo es que es la única pista que tenemos.

–Tú no encontrarías una pista ni aunque te limpiaras el culo con ella.

–¿Y tú...? María, a ti te encanta arrestar personas inocentes y culpar a otros cuando no puedes descubrir un crimen.

Y entonces, como a los apóstoles durante el Pentecostés, se les iluminó el rostro. Desde que Felipe Calderón era Presidente de México, el país se encontraba en una guerra sin cuartel contra el crimen organizado. Más de 50 mil muertos era el saldo de la guerra. Los narcotraficantes por un lado y, por otro, el ejército y la policía. En México era muy normal ver el cadáver de un soplón del crimen organizado mutilado de la peor manera: descuartizado, castrado, decapitado... Era más creíble responsabilizar al crimen que a un asesino que no era más que producto de una leyenda urbana. De modo que así acordaron: informarían a los medios de comunicación que el asesino era el crimen organizado y ya. Era más verosímil y lo mejor: más cómodo para los altos mandos de la policía.

–¿Y qué haremos con la amante de Roberto Torreblanca Padre? No nos conviene tener como enemigo a un hombre tan poderoso. Y seguro no le agradará si vinculamos a su difunto amor en un crimen del narcotráfico –preguntó Angulo.

–Diremos que fue porque los narcotraficantes se confundieron, y que lamentamos que la situación del país haga que pague tan insigne mujer. Con respecto a los policías y a la madre de Leonardo Torres, vincularemos sus vidas con el narcotráfico: los policías protegían criminales, y el muchacho

vendía anfetaminas en la escuela. Después, a manera de agradecimiento, enviaremos una caja de chocolates Ferrero Rocher con un moño a los familiares –dijo Echeveste.

Angulo se mostró inconforme y algo molesta. No le convenía aquello, y lo hizo saber:

–Los Ferrero Rocher son muy caros. Mejor una bolsa de malvaviscos. Sin moño.

–Me parece perfecto.

Y así fue como el asunto del asesino quedó resuelto y Mateo, Nicolás, Roberto y Antonio, libres de toda culpa.

Interludio 3 FRAGMENTO DEL BLOG DEL PORTAL WEB ESPECIALIZADO EN CINE DE HORROR «¿CUÁL ES TU PELÍCULA DE MIEDO FAVORITA?»

El slasher revitalizado, tercera parte de la historia. ¡Se cierra la trilogía!

Por: Nicolás Sarabia, webmaster

A causa de la censura por *Holly Night, Deadly Night* que poco a poco el Slasher fue en decadencia. Hubo además una sobresaturación de estas películas, incluso algunas productoras desaparecieron, como la «World Wordful».

El slasher estaba tan muerto como sus víctimas, pero entonces, entró en escena el director que habría de revitalizarlo: Wesley Earl Craven, mejor conocido como Wes Craven.

La trama hoy en día es un clásico: Freddy Krueger, caracterizado por el genial Robert Englund, es un asesino de niños conocido como el «Springwood Slasher». Es apresado, y durante el juicio sale libre debido a la incompetencia judicial. Sale libre y continúa haciendo de las suyas, por eso los padres de las víctimas deciden tomar justicia por su propia mano quemándolo vivo. Krueger hace un pacto con los Demonios del Sueño, y regresará a aterrorizar a los niños y jóvenes en sus pesadillas. Originalmente, los productores le dijeron a Craven que la idea era muy estúpida, y que no aterrorizaría a nadie... Cuán equivocados estaban.

Freddy nació gracias a dos anécdotas en la vida de Craven: la primera, cuando de niño, vio desde la ventana a un hombre que se le quedaba viendo desde la calle. El hombre entró al departamento donde vivía, y cuando su hermano mayor salió a encararlo, había desaparecido. Aquel misterioso visitante vestía con un sweater a rayas y un sombrero. Años después, Craven leería una noticia en Los Angeles Times, sobre un joven que no podía dormir porque sufría terribles pesadillas. Una noche no pudo aguantar más y se durmió. Despertó a sus padres con terribles gritos, y cuando llegaron a su alcoba, ya estaba muerto. Con estas dos anécdotas, nació uno de los monstruos más temibles del cine.

Desafortunadamente, con el paso del tiempo, Freddy pasó de asesino espectral, poderoso, repugnante y pedófilo, a bufón. Poco a poco, el cine slasher fue en decadencia. Películas como *April's fool day* engañaron al público, las secuelas de todo este género eran cada vez más repetitivas y carentes de trama y Freddy fue un elemento de la cultura pop, como sucedió con Chucky. La era Reagan terminó, y con ella el slasher.

El responsable de revitalizarlo fue en los 90's nuevamente Wes Craven, pero de una manera un tanto paradójica: burlándose del género. Así nació *Scream*, que satiriza estas películas.

Actualmente Rob Zombie, también director de este género, señala que es una mentira decir que el slasher está muerto. Películas como *Hostal* o *Saw* son el mejor ejemplo, pues no dejan de ser «slashers».

Pero esas películas nunca las olvidaremos. La actriz Willa Ford, quien actúa en el remake de *Viernes 13*, considera que «los slasher films son la clase de películas que si las vez de niño, nunca más querrás ir de campamento».

Capítulo 10 UNO, DOS, FREDDY VIENE POR TI...

Cuando Nicolás, Roberto, Antonio y Mateo dormían, solían recordar los extraordinarios momentos que habían pasado juntos, y casi siempre, el maestro de ceremonias era Freddy Krueger.

Aquella noche soñaron que entraban a un café Starbucks como los que siempre solían reunirse. La diferencia es que era medianoche, los vidrios de las ventanas estaban rotos y todos los clientes muertos. En las mesas había cadáveres recién acuchillados por cinco navajas. Sólo había un dependiente sirviendo cafés: era alto, delgado, vestía pantalón café, un sweater a rayas rojinegras, usaba sombrero y tenía el rostro completamente quemado. En su mano derecha usaba un guante con forma de garra. Cinco cuchillas afiladísimas eran los dedos. Los cuatro estuvieron a punto de salir corriendo, pero olvidaron que en un sueño eso no es posible. De súbito apareció una niña, que mientras saltaba la cuerda cantaba: «uno, dos... Freddy viene por ti. Tres, cuatro, cierra la puerta. Cinco, seis...»

–Vamos –dijo el dependiente, que los saludó quitándose el sombrero durante unos segundos para volvérselo a poner–. No se asusten, no vengo a matarlos. Sólo soy una mani-

festación del subconsciente. En algún rincón de su cerebro persisten los recuerdos de la saga creada por Wes Craven y ahora me hago presente. Sí, sé que no es lo mismo soñar con que llegas desnudo a la escuela a soñar conmigo, pero eso se ganan por ver tantas películas de terror. ¿Gustan algo de tomar, o pasamos directamente a su pasado, a que recuerden cómo se conocieron, cuando crearon el portal web o filmaron aquel nefasto cortometraje? Les recomiendo que coman el pastel de globo ocular, es una delicia, lo prepara nuestro cocinero, Leatherface.

No respondieron. En su lugar, prefirieron empezar a recordar.

En una entrevista, Wes Craven dijo que no entendía por qué censuraban sus películas y las consideraban violentas, cuando bastaba con encender la televisión a la hora de los noticieros para ver que el mundo real era mucho peor. El director judío de películas slasher, Herb Freed, creador de *Graduation Day*, declaró que no es cierto que el mundo sería mejor sin películas slasher. Sería mejor sin avaricia, codicia ni políticos que mienten ni roban. El creador de efectos especiales de varias películas de este género, Greg Nicotero, se burla de la gente que afirma que si ves películas slasher te harás más violento... En contraposición, sugiere poner películas de Disney en una cárcel, para que los presos se hagan más tranquilos. Estas celebridades tienen razón, pues fue gracias al cine de terror que los cuatro chicos se hicieron amigos inseparables.

En el primer semestre de preparatoria, se conocieron cuando decidieron entrar al cineclub. Los cuatro ingresaron exactamente por el mismo error: pensaron que verían películas de terror, pero el maestro a cargo jamás mencionó sus películas favoritas. A lo mucho, *El Exorcista*. El profesor era

un tipo tan enano, que necesitaba de una escalera para hacerle el sexo oral a un pitufo. Hablaba de Buñuel, los hermanos Cohen, Michel Gondry, David Lynch..., directores que ni ellos conocían ni les interesaban. Querían ver hermosas mujeres en tanga corriendo y gritando, adolescentes bebiendo hasta vomitar y un asesino matándolos a todos. Desde el primer día se ganaron el desdén del maestro, y el maestro admiró al ahora finado Leonardo Torres como el alumno más aventajado. El único motivo por el cual no se habían retirado del cineclub era porque podían saltarse clases cuando quisieran. Aunque soportar al profesor y a su amado Leonardo era un daño colateral considerable.

Desde el primer semestre, nunca hubo diferencias entre ellos. En una ocasión Nicolás se les acercó, mientras desayunaban en la cafetería. Afirmó que tenía algo muy importante que decirles. El pobre estaba pálido, le sudaban las palmas de las manos y seguramente las plantas de los pies, y no podía mirarlos a los ojos. Después de suspirar, dijo:

—Soy gay.

Los tres se le quedaron viendo, esperando cuál sería esa confesión tan importante. Antonio rompió el silencio:

—¿Y luego?

—Eso era obvio, Nico —dijo Roberto.

—¿Si?

—Sí —intervino Mateo—. Ves a los del equipo de fútbol americano de una forma muy poco heterosexual. Y se te abulta la entropierna de igual forma.

No los unió ni la adicción a la marihuana ni ser el mejor promedio de la escuela ni la homosexualidad ni tener un padre a quien no le importaras y para sustentarlo te entregaba una tarjeta de crédito adicional. Lo que los unió fue esa pasión por el cine de terror. Fueron todas aquellas tardes en las que

supuestamente debían pasar haciendo los trabajos en equipo, pero lo que hacían era sentarse frente al home theatre de Roberto a ver la nueva versión de *Halloween*, y sus discusiones más serias eran sobre cual era mejor, si la original de John Carpenter o el remake de Rob Zombie, o si Pamela Voorhees había revivido a su hijo con ayuda del Necronomicón. Los unieron las pesadillas de Freddy, la acechada Laurie Strode y la Configuración del Lamento, que preludia la llegada de Pinhead. Sus temores típicos de la adolescencia, como el miedo al rechazo o al acné, los complementaron con un payaso saliendo del desagüe de las duchas de los vestidores y una máscara de hockey. Pero como todos los fans, llegó el momento en que quisieron dar el siguiente paso: de seguidores del cine de terror a realizadores. Nicolás compró una cámara de video de segunda mano en un mercado ambulante y reunió a sus amigos para filmar una película con la que concursarían en el festival de cine de una universidad privada. Al principio, aceptaron gustosos. Pero Nicolás quiso filmar, dirigir, actuar y escribir, aunque Mateo se obsesionó por encargarse del guión. Filmaron durante una semana en una casa abandonada un video que inspiraba varias emociones, como pena ajena o lástima... Miedo y suspenso, para nada. Con el título de *El afilador*, la historia se centraba en un vendedor de cuchillos que enloquecía por leer el Catecismo de la Iglesia Católica, para después asesinar pecadores. El cortometraje concluía con un monólogo interior del asesino mientras veía un DVD pirata de *Los Diez Mandamientos* de Cecil B. De Mille, que era más bien una clara proyección del director. Se escuchaba una variación del tema musical de *Halloween* mientras corrían los créditos finales y advertían: «La música se hizo sin autorización de John Carpenter». Las actuaciones y la edición eran tan inexistentes como un pingüino en el desierto.

Lo peor fue que, por motivos que ignoraron, el cortometraje fue aprobado para presentarse en el festival. El resultado fue una serie de carcajadas entre el público... Del que quedaba, pues la mayoría se fue a la mitad de la película. *Trampa Infernal*, una película mexicana protagonizada por Pedro Fernández y Edith González y dirigida por Pedro Galindo III, era un paraíso de malas actuaciones, clichés y diálogos acartonados... O lo fue, porque *El Afilador* llegó a robarle el puesto. Nicolás salió del auditorio donde se proyectaba y se sentó en las escaleras, con autoestima de cucaracha. Sus amigos llegaron a consolarlo.

–Te dije que yo debía haberme encargado del guión –dijo Mateo, con nulo tacto.

Pero no fue lo peor: el momento de pesadilla, y no precisamente en la calle Elm, vino cuando se anunció al ganador: Leonardo Torres, de la preparatoria oficial, alumno prodigio del cineclub de dicha institución, con el cortometraje *El dolor de mis entrañas*, sobre un vagabundo que vomitaba frente a las puertas de entrada del edificio de una multinacional. Después, el vagabundo soltaba un rabioso monólogo sobre la decadencia y la superficialidad de la sociedad. Un primer plano a la pantalla de una computadora en Facebook se apagaba de golpe, y finalmente una mano escribía con corrector en el monitor: «¡MUERTE A LO COMERCIAL! ¡ARRIBA LO ALTERNATIVO!»

–Cretino ese –susurró Alfonso–. Lo que hizo está trilladísimo. Es lo que se ve en todo festival de cine.

Leonardo subió a recibir su trofeo, con un delirio de grandeza y una pose que sí daban miedo. Cuando habló ante el público, las cosas estallaron.

–Era obvio que alguien con mi visión para el arte ganaría. Por fortuna, los maricas no saben hacer buen terror.

Y fue cuando Nicolás saltó de las butacas del auditorio hasta el escenario, con una agilidad que en otra situación jamás hubiera sido posible. Jaló a Leonardo de su playera y lo arrojó al suelo, delante de todo el público y el jurado. Con el rostro rojo, comenzó a golpearlo en la nariz.

—¿Y Clive Barker, estúpido? ¿Sabías que el director de *Frankenstein* era gay? ¿Sabes quién fue James Whale, grandísimo imbécil? ¿Sabías que Kevin Williamson, el guionista de *Scream* y de *Sé lo que hicieron el verano pasado* es homosexual? ¡Mira! ¡Así golpeamos los maricas! —con cada palabra, un puñetazo.

—Una interesante cátedra de homosexualidad en el cine de terror —propuso uno de los jurados.

Sus tres amigos tuvieron que subir para separarlo y evitar que matara a Leonardo. Inexplicablemente, les costó mucho trabajo que alguien tan flaco y debilucho como Nicolás tuviera tanta fuerza en aquel momento. Qué maravillosa es la adrenalina, comentó Mateo.

El personal de seguridad corrió casi a patadas a los cuatro. A partir de ese momento no volverían a entrar a esa universidad... A menos, claro, que pagaran colegiatura.

Aquel estrepitoso fracaso les enseñó que si no tenían éxito filmando películas, sí lo tendrían difundiéndolas, criticándolas, reseñándolas... Así nació el proyecto del portal web al que titularon «¿Cuál es tu película de miedo favorita?», en homenaje a la frase que dice Ghostface en la saga *Scream*. Pusieron manos a la obra sin esperar nada a cambio, salvo unos momentos de diversión. Tenían un blog, espacio para videos, foro de discusión, fanpage en Facebook, Twitter y sección de reseñas, además de links para descargar películas. Con el tiempo recibieron visitas de todos sus compañeros, y más tarde correos electrónicos de cines que les compraban espa-

cios de publicidad. Primero de la ciudad, luego del país y finalmente de todo el mundo. Aunque no era una fortuna, sí tenían suficiente dinero para solventar sus gastos personales. Echaron a andar el portal con dinero del padre de Roberto y, a partir de ese instante, las cosas se fueron dando por sí solas. Recibían dinero en la cuenta de Roberto por hacer lo que les gustaba. Recibían cientos de visitas al día, el foro tenía miles de comentarios y participantes, pero la principal era Pamela, quien primero escribía comentarios elogiando la inteligencia de Nicolás, y luego fomentó una campaña a favor de la homofobia, por razones que los foristas ignoraban. Disfrutaron mucho la ocasión en que se toparon con Leonardo y le preguntaron si su mamita lo seguía manteniendo. Él se limitó a mirarlos con odio.

De súbito, aquellos recuerdos de los años en que forjaron su amistad se esfumaron, porque amaneció y tenían que ir a la escuela. Como suele suceder cuando alguien tiene un sueño lúcido, Nicolás despertó con una idea en su cabeza. Entró al baño mientras reflexionaba sobre lo que haría. Se enjabonó tarareando el tema musical de *Halloween* y, para contrastar radicalmente, la coreografía de *YMCA*. Si las cosas funcionaban como él lo tenía planeado, era cuestión de años para que tuviera su estrella en el Paseo de la Fama. Mientras cerraba la regadera, se vestía y bajaba a desayunar, repasó su plan: Bob estaba a su servicio. No los mataría. Entonces, filmarían una película slasher con aquella cosa como actor principal, en alguna casa abandonada del centro de la ciudad. El actor era de primera línea, porque era real. Roberto se encargaría de la producción, Mateo del guión, él de dirigir y Antonio de sostener la cámara. Podrían turnarse las actuaciones, después de todo, John Carpenter maneja muy bien la toma subjetiva... Sólo necesitaba a una screamqueen. La chica que nunca falta

en una película de terror, la que grita, grita y grita y sobrevive al final. Camino al barrio de San Miguel, donde se encontraba la preparatoria, Nicolás pensó en alguna candidata ideal. Se le iluminó el rostro cuando el nombre pasó por su cabeza.

Entró al salón y se sentó en un pupitre al lado de Pamela. Le tomó la mano y le acarició la palma con ternura –lo hizo con la que tenía la pulsera con los colores de la bandera del orgullo gay– y le dijo, esbozando su sonrisa más tierna, si quería actuar en una película dirigida por él.

–¡Claro que sí! –gritó.

Capítulo 11 DEL DIARIO DE PAMELA VERGARA (II)

Querido Diario, el cortometraje de Nicolás ha sido una reverenda porquería.

¿Cómo pude actuar en semejante adefesio y además arriesgarme así? ¡Casi me matan! Sólo a alguien con su cerebro repleto de cómics, animé, manga, litros de sangre de películas de terror y un par de tarados teniendo un duelo con espadas de luz, se le pudo ocurrir crear algo así. Y lo peor de todo es que su amigo, el larguirucho de Mateo, no dejaba de quitarme los ojos de encima. Se lo hago saber: «¡No me gustas!» Oh, claro que sí, pero él me dice que el chico que me gusta jamás me hará caso. ¡Pendejo, ya lo sé!

El cortometraje está así –dijo Nicolás–: la película es un homenaje a varios slasher films de la historia, repitiendo los elementos más característicos. Cuatro amigos y una chica se reúnen en una casa abandonada para beber en una fecha importante del calendario. Tienen una orgía de sexo y alcohol y drogas, y sin querer uno de ellos despierta a un asesino que está guareciéndose en la casa porque hace años fue herido por la policía cuando escapaba en esa fecha. El asesino mata a todos y sólo sobrevive la chica. Bueno, pudiera ser el gay, para ser políticamente correctos, pero eso sería ser un poquito

ególatra de mi parte. Así que Pamela será la sobreviviente. Tienes una gran responsabilidad, preciosa. Eres una scream-queen. En el cine slasher este término se usa para referirse a las actrices que acaban sobreviviendo hasta el final, y se la pasan gritando. Está Jamie Lee Curtis, por su papel en *Halloween*, pero Fay Fray fue la primera, pues actuó en *King Kong* y Janet Leigh en *Psicosis*. ¡Tienes un gran papel! El de Heather Langenkamp en *Pesadilla en Elm Street*, el de Marilyn Burns en *The Texas Chainsaw Massacre* y el de Neve Campbell en *Scream*. Tú sólo gritas mientras el asesino te persigue y al final te escapas cuando logras salir de la casa... Claro, hasta la secuela. La fecha importante que hemos elegido será el día de la Virgen de la Luz, la santa patrona de León. ¡Vamos a hacer que los mojigatos de esta ciudad se desmayen!, exclama Nicolás, mientras sus amigos le aplauden, cual micos amaestrados. Dice que mandará el cortometraje al Festival Internacional de Cine, que se celebra anualmente en Guanajuato, la ciudad capital del Estado. En cuanto escucho eso suelto una carcajada. En el festival sólo participan buenas películas.

Nos quedamos de ver en la casa abandonada ubicada en el centro de la ciudad. No tienen equipo profesional. Pobrecitos. Su película amateur da lástima propia y ajena. Su mayor cercanía con Spielberg es una cámara de video. ¿Y la iluminación? ¿Y los efectos especiales? Aunque eso sí: admito que el maquillaje del actor que representará al asesino es de primerísima calidad. Lo sacan de la cajuela del coche de Nicolás. Ante mi gesto de sorpresa, me explican que el actor está muy metido en su personaje. El método Stanisklavski, ya sabes, dice Mateo, pero yo no le presto atención a él, sino al actor: parece no tener más de dieciséis años. Viste con harapos y tiene tres cuchillos enterrados en su cuerpo. Usa además

una sudadera con capucha que le cubre su rostro. Cuando Roberto se la quita, observo el rostro de un muchacho rubio, muy atractivo. Les pregunto si han visto las películas de Harry Potter (¡Qué pregunta la mía! Es obvio que un cuarteto de frikis como ellos las han visto. Seguro que hasta leyeron los libros y han querido hacerse la cicatriz del rayito en la frente con unas tijeras). Me responden que sí, y yo digo que el actor se parece mucho al que actúa como Draco Malfoy... Salvo porque tiene la cara llena de cicatrices, cortadas pequeñas hasta tan grandes que se nota la carne abierta. Caray, no sé quien lo maquilló, pero se ve muy real.

Entramos a la casona, propiedad del padre de Roberto. Por dentro es una propiedad de estilo afrancesado, tan usual en tiempos del gobierno de Porfirio Díaz. Apesta a orina, excremento y vómito, hay cucarachas y arañas muertas por doquier, además de telarañas. Cuando les pregunto de dónde sacaron al actor, me responden con un ambiguo «por allí».

Mateo ha tenido una idea para justificar el nulo presupuesto: la película trata sobre cinco estudiantes de preparatoria que filmarán un video para YouTube y se encuentran al macabro asesino. Me da una fotocopia del guión, que no tiene más de diez cuartillas a renglón seguido. Una serie de situaciones clichés y lugares comunes, de diálogos acartonados y suspensos más predecibles que un exnovio husmeando en tu Facebook. En fin. No sé por qué actúo con esa pandilla de perdedores... Mi respuesta queda confirmada cuando Nicolás se quita la playera y se pone una camisa blanca, manchada supuestamente de sangre. Es lindo. Un marica, pero muy lindo.

Los actores de Hollywood pueden darse el lujo de pedir lo que deseen a los productores, pero a mí sólo me dan un cilindro con papas Pringle's y una lata de Pepsi. Es todo lo que

hay, así que atesóralo, me dice Antonio.

Empezamos a filmar. No sé por qué, pero el actor me da mala espina. Actúa demasiado bien. Su profesionalismo es tan bueno que en verdad espanta. Gruñe y murmulla como uno de esos asesinos. Hay un momento en que se arranca el cuchillo y comienza a blandirlo con una habilidad espeluznante. Luego me mira y se quita la capucha y comienza a cortarse la cara. Lo peor es que en cuanto se abre la piel no sale sangre.

Salvo por eso, el «cortometraje» de estos cuatro cretinos da lástima. Malas actuaciones, malos diálogos... M-A-L-O.

El problema empieza cuando el actor que personifica al asesino intenta acuchillarme... de verdad. Fuera de cámaras.

Estamos en la última escena. De repente, el chico se extrae el cuchillo y me provoca una cortada en la palma de la mano. Nada letal, por fortuna. Las cosas se complican cuando deja escapar un alarido e intenta enterrarme el mismo cuchillo en el corazón. Roberto, Antonio y Mateo se miran uno a otro, asustados. Toño dice que sabía que todo terminaría mal. Que era peligroso haber sacado al monstruo de su escondite. El idiota de Nicolás recoge la cámara que Antonio ha tirado al suelo a causa del susto y no deja de filmar. Yo empiezo a correr, sin dejar de gritar. Me muevo por el estrecho pasillo, mientras el actor sigue blandiendo su cuchillo. De repente se saca la segunda arma y las dirige contra mí, como un torero con las banderillas. Con un carajo. ¿Por qué se les ocurrió contratar a un psicópata como actor? Cierro la puerta que da a una antesala de la casa, dejando caer una cortina de polvo. Permanezco sentada un rato... Pero el chico tiene una fuerza descomunal, ya que tira la puerta a puñetazos y patadas. Me persigue hasta el baño, donde logro esconderme. La puerta es de metal, así que tardará en abrirla. Me refugio en una ti-

na de baño llena de polvo, telarañas y cadáveres de cucarachas. En cuestión de minutos el actor ha destrozado las bisagras. Entra primero con dificultad y una vez adentro camina lentamente hacia mí. Se detiene frente a la tina. Deja caer el cuchillo que sostiene en su mano izquierda, y alza el de la derecha. No puedo creer que mi vida terminara de una forma tan patética. Asesinada a los dieciocho años por un loco contratado por una pandilla de ñoños que les gusta *Star Wars*. Y yo que me proyectaba a futuro como una nueva Eva Perón.

Cierro los ojos, esperando lo peor. Escucho un quejido y un alarido. Siento sangre caliente empapando mi ropa... Pero no es mía. En cuanto abro los ojos, todo me queda claro: Mateo está sentado en el suelo del baño, al lado del escusado. Tiene el rostro enrojecido. Su camisa pasada de moda esta cortada en diagonal... al igual que su pecho. La herida no es nada grave ni letal, pero sí le quedará cicatriz. No grita, no se queja. Sólo repite el infantil: «Tsssss... ay, ay, ay, ay, ay... me duele, me duele, ay, ay...» El actor queda paralizado.

Nicolás no deja de filmar. En cuanto apaga la cámara y da por terminado el cortometraje, usando una claqueta que su mamá le compró cuando viajaron de vacaciones a los Universal Studios en Hollywood, le pregunto de donde sacó a un actor tan jodidamente loco. Que si quiero, los puedo demandar. Roberto me dice que me calme y Mateo me abraza mientras Nicolás me cuenta todo. Absolutamente todo. Cómo conocieron a Bob –así lo llaman–, los asesinatos, etcétera, etcétera, etcétera. Una vez que termina su relato, golpeo a cada uno de ellos. Miro al monstruo, que sonrío. Acto seguido, se vuelve a cubrir la cabeza con la capucha puesta. Nicolás afirma que el pobre Bob en el fondo necesita comprensión, que él sabe lo que es formar parte de una minoría y de repente, veo el bolsillo roto del monstruo. Aparentemente sobresale un fajo de

hojas de papel. Se los hago saber, porque no me atrevo a acercármele ni por error. Nicolás introduce su mano en el bolsillo y encontramos cinco hojas de papel tamaño carta, cuadrículadas. Con caligrafía escrita con tinta azul y digna de alguien con serios problemas mentales: se nota irregular, imperfecta.

Las páginas están numeradas a mano, y en la primera se puede leer «MI HISTORIA, POR GIL ROJO». Tiene una fecha en la esquina superior derecha... Aparentemente, aquellas hojas fueron escritas en la década de los ochenta. Entre susurros y jadeos, Bob dice: «Mía. Mi historia. Mía».

Mateo pregunta que cómo no se dieron cuenta de esas hojas con anterioridad. Yo les respondo que es porque son unos pendejos... De los cuatro no haces a un solo hombre, incluyendo al trolazo. Nicolás me las arrebató. Las mira y se sienta en el inodoro. Allí, frente a todos, dice que ese momento nunca falta en toda película slasher, que es cuando los adolescentes protagonistas se enteran del origen del asesino. Y es entonces cuando comienza a leer en voz alta la historia del tal Gil Rojo, rebautizado como Bob.

Interludio Final FRAGMENTO DEL BLOG DEL PORTAL ESPECIALIZADO EN CINE DE HORROR «¿CUÁL ES TU PELÍCULA DE MIEDO FAVORITA?»

Los monstruos

Por: Nicolás Sarabia, webmaster

Mención aparte merecen los monstruos de los slasher films. Es interesante que en esta clase de películas los auténticos objetos de culto no sean los héroes, sino los villanos. Asesinos, violadores..., en fin, criminales de la más pura cepa.

Curioso es el caso de Robert Englund, quien durante toda su vida ha caracterizado a Freddy Krueger. Pese a que él es un gran actor que empezó a trabajar en el escenario desde los doce años, Freddy se lo ha comido, como sucedió con Bela Lugosi. Un caso similar es el de Doug Bradley, quien ha caracterizado a Pinhead, el emisario del infierno, que protagoniza la saga de Clive Barker, *Hellraiser*. Pese a que Bradley tiene formación en el teatro británico, él es Pinhead de la misma forma que Englund es Freddy.

Sin embargo, esto no sucede con otros asesinos de los slasher films, como Jason, Michael Myers o Leatherface. A lo largo de sus respectivas secuelas, muchos actores distintos los han caracterizado, y al público no le importa. Esto se debe, como señala Norma Lazo en su brillante ensayo publicado por Paidós *El Horror en el Cine y la Literatura*, a lo siguiente:

«personajes como Pinhead y Freddy han marcado a sus intérpretes de tal manera que es difícil imaginarlos en otros papeles. No sólo el monstruo se vuelve de culto, sino también los actores (...). En el caso de Michael y Jason, el objeto de culto es obviamente el monstruo». Incluso la autora señala que no siempre eran actores, sino miembros del staff o del maquillaje que querían personificar al monstruo por simple gusto. Diferente es el caso de Freddy y Pinhead. La autora señala que esto se debe a que Englund y Bradley son actores experimentados, que interactúan verbalmente con la víctima e incluso tienen cualidades humanas. Por eso es difícil imaginarlos en cualquier otro papel.

Capítulo 12 PRECUELA

Escribo estas líneas antes de perder la razón y de que mi único pensamiento sea el deseo de sangre, la necesidad de ver gente acuchillada y de que el único sentimiento que me produzca placer sea enterrar los cuchillos que tengo en mi cuerpo. Pasé de ser un adolescente como cualquiera a convertirme en una leyenda urbana. Ahora sólo soy un comentario que se dice en una noche de borrachera con los compadres o entre señoras que esperan el autobús por el bulevar.

A eso se resume mi vida. O mi «no vida», o mi inexistencia, o como jodidos quieras llamarla. Cada vez me resulta más difícil redactar una línea sin desvariar ni perder el sentido de las cosas, de modo que escribiré tan rápido como pueda.

Soy originario de la Ciudad de México, pero mi familia y yo nos mudamos a León, Guanajuato. Por aquel entonces corrían los años ochenta. Usábamos todo un bote de aerosol para el peinado de un día, prendas de vestir que quemaban la pupila, escuchábamos a Cindy Lauper y queríamos cambiar al mundo viendo el video *We are the world*. Ronald Reagan era el presidente del país más poderoso del mundo. Y los videoclubes comenzaban a expandirse como un virus. BETA era el único formato disponible, aún hablar de VHS era una

ilusión. Mi padre quiso probar fortuna en provincia poniendo, precisamente, un videoclub. Dejamos la ciudad de México cuando yo tenía apenas quince años. Todos mis amigos, toda mi vida se fueron porque papá quería probar fortuna. «La provincia es una tierra fértil, los de la ciudad siempre somos superiores a la gente de provincia», dijo, en ese tono pedante de capitalino que siente que puede comerse al mundo, pero no sabe que el mundo tiene hocico de rotweiller... Lo comprobaría en cuanto viviéramos en León. Pobre. Si no es porque terminaría matándolo, ahora lo extrañaría.

Llegamos a habitar una colonia de clase media que aspira a pertenecer a la alta, llamada León Moderno. Mi padre rentó un local en el centro comercial Plaza San Miguel. Su videoclub comenzó a marchar muy bien. Cuando viajábamos a México con el fin de visitar a la familia, yo aprovechaba para comprar mis discos y cassettes de Michael Jackson. Como León no tenía muchas librerías, también visitaba las de segunda mano en la calle de Donceles, en el centro de una de las urbes más grandes del mundo. Fue en una de esas ocasiones que encontré el Grimorio de Cultellus. En un principio, creí que se referían a algo relacionado con el culo, pero el vendedor me dijo que no fuera idiota, que el nombre hace referencia a «cuchillo» en latín. Se trataba de un texto de magia negra muy poderoso, y quien leía los conjuros correctamente tenía el poder de asesinar a quien quisiera. Era una especie de mando a distancia para matar. El problema era que poco a poco el alma se corrompería y además ofrecía control sobre la tierra. Sucedió como con el anillo único en ese libro de J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos...* Vaya, es muy bueno, me pregunto si algún día harán película. Abrí el libro y vi los grabados. Había cadáveres acuchillando a seres humanos. Y parecían moverse, como en el video de AHA. Sí, ya sabes: el de *Take on*

me. Más por curioso que por cualquier otro motivo, compré el libro junto con unas ediciones de la obra de Stephen King en inglés. El libro de magia negra no lucía como en las películas: era una edición de tamaño mediano, con un empastado simple, de cartón. La tipografía de la portada, de color negro. No. Por ningún lado estaba el encuadernado de piel humana y letras góticas diciendo *NECRONOMICON*... Eso es pura mamada. El autor del libro, eso sí, era anónimo. Regresé a León con mi madre, mientras leía *Salem's Lot*.

La ventaja de que tu padre sea dueño de un videoclub es que puedes ver toda clase de películas que, de otro modo, sería imposible. Así fue como empezó mi amor por el cine de terror. Todos los viernes, después de salir de aquella escuela católica en la que me inscribieron (pese a que la preparatoria oficial quedaba a unos metros del centro comercial), me sentaba a ver las películas de terror que mi padre colocaba en dicha sección. *Halloween*. *La Noche de Graduación*. *Sangriento San Valentín*. *El Tren del Terror*. *Pesadilla en la Calle del Infierno*. *Viernes 13*. Encendía la videocasetera e invitaba a los cuatro amigos que había hecho desde que llegué a la ciudad. Eran las únicas personas a quienes les hablaba en una ciudad tan cargada de doble moral e hipocresía. Augusto, mi compañero del salón en la escuela. Mario y su hermano Darío, mis vecinos. Carlos, quien asistía cada semana al videoclub y pasó de relación de cliente a amigos. También estaba Irma, una chica que se encargaba del aseo del Centro Comercial y era tres años mayor que yo. Mientras disfrutaba de mi adolescencia, mis padres conocían a la sociedad leonesa: la ciudad de las tertulias bíblicas, de los círculos de oración, del odio al aborto y a la homosexualidad. La ciudad en la que las declaraciones del arzobispo ocupan la primera plana en los periódicos y hay programas de discusión donde invitan a

sacerdotes para debatir sobre la existencia del mal... Que para ellos, es la Teoría de la Evolución. La ciudad en la que, por un lado, todos van a misa el domingo, y el lunes se ponen borrachos. La ciudad en la que odian a los gays pero quienes los odian son los mismos que realizan orgías en baños públicos. La ciudad que habla del amor, pero jamás la profesa. No sabía lo difícil que sería para mí crecer en un lugar así. Entretanto, el negocio de mi padre no iba bien... Sí, había empezado a la perfección, pero como todo en León, cuando deja de ser una moda, deja de importar. Poco a poco empezó a endeudarse, y se hizo amigo de Héctor Ariel, un tipo obeso y barbado que dirigía grupos de oración e iba a la tienda a rentar películas de la vida de Jesús. El hombre estaba casado, pero nunca me gustó la forma como me miraba... Aunque de Darío, el hermano menor de Mario, que por cierto era un año mayor que yo, sí me gustaba su forma de mirarme. En una ocasión me dijo que yo le parecía guapo, y la verdad, no me molestó... Así como tampoco me molestó que Irma me dijera lo mismo, y termináramos teniendo sexo en los baños del centro comercial. Aquella noche, mientras mi padre cerraba la tienda, perdí mi virginidad. Por supuesto que era más experimentada que yo. De música de fondo se escuchaba desde las bocinas de Plaza San Miguel, que ofrecían todo el tiempo música ambiental, *Toda la vida* de Franco. «Toda la vida, haciendo juegos malabares, coleccionando mil amores...» Carajo, si en toda América Latina, durante los ochenta, no podías dar un puto paso sin escuchar esa canción.

Mi problema era que sentía algo por Irma, pero también por Darío. En cuanto se lo hice saber a ella, me dijo que seguramente se debía a que era bisexual. Pero que tuviera mucho cuidado con decirlo abiertamente en León. «Aquí la gente es muy hipócrita. Hay muchos prejuicios hacia las personas bi-

sexuales».

Sin mencionar que me rompió el corazón, esa tarde fue de fiesta en el videoclub: había llegado la versión en video de *Volver al futuro*, lo que significó un día de excelentes ventas. Aparté mi copia para verla con Darío esa noche, pues mis padres se iban a la ciudad de México. Fue entonces, cuando al ritmo de *The Power of Love*, perdí mi virginidad por segunda vez. Desde un principio nos gustamos. Creíamos que sería una noche perfecta... Hasta que mis padres aparecieron de improviso. Habían olvidado llevarse una maleta más, y no fue agradable para ellos verme besando con el hijo de sus vecinos.

Si hubiera aceptado mi bisexualidad en la Ciudad de México, estoy seguro que mis padres no hubieran mostrado tanta ira, pero ellos ya formaban parte de la doble moral leonesa. Tuve que soportar lo clásico: nuestro hijo es marica. Prefiero tener un hijo delincuente que un hijo homosexual. Es un desviado... Cuando les dije que también había tenido sexo con una mujer, parecieron aliviarse, pero de nuevo volvimos a lo mismo cuando supieron que era la encargada de intendencia del centro comercial. Armaron un alboroto al gerente de la Plaza, y terminaron despidiendo a Irma. De repente, mi vida se volvió un infierno. Fue cuando Héctor Ariel intervino. Dijo que podía ayudarme a curar mi enfermedad mental, que él me llevaría a un retiro espiritual financiado por la Arquidiócesis de León. Yo no acepté, pero mis padres lo hicieron gustosos. Ese mismo fin de semana terminé en una casa de los Legionarios de Cristo. Me presentaron a un hombre llamado Marcial Maciel Degollado, decían que era uno de los más prominentes sacerdotes del país... Y con el tiempo, lo sería del mundo. La noche del sábado descubrí algo que no se sabría hasta años después. Ariel entró a el dor-

mitorio que compartía con diez muchachos de mi edad. Todos tuvimos que someternos a los deseos de ese asqueroso gordo y de Maciel. Todavía lo recuerdo y me doy asco. Ese cerdo sólo tenía a su esposa para fingir ante la sociedad, pero lo suyo eran los menores. Ariel y el sacerdote decían que lo hacían para que no cayera en la tentación, que era una manera de probarme. Regresé a casa, se lo conté todo a mis padres. Por supuesto, no me creyeron. Dijeron que además de pervertido, era mentiroso. Pensé que en ese momento sólo podía contar con mis amigos, pero me tenían prohibido verlos. Estaba completamente solo. No podía ver mis películas ni leer mis libros porque mis padres decían que por eso me había vuelto un degenerado... El único libro que no tiraron era aquel título en latín que seguramente ni siquiera comprendieron: *Cultellus*. Aquella noche lo empecé a leer. Los conjuros eran muy simples. Sólo bastaba recitarlos. Uno de los hechizos servía para convertirte en un ser inmortal que únicamente existiría para matar. Me gustó. Lo recité a la medianoche, como señalaban las instrucciones. Horas después sentí cómo la sangre me hervía. Me sentía indestructible. No hubo rayos, relámpagos ni un demonio manifestándose entre nubes de azufre y lenguas de fuego: sólo estaba allí el poder. ¡Claramente podía sentirlo! Caminé hasta la cocina y saqué un cuchillo del cajón. Me dominaban unos deseos irrefrenables de matar, de ver mucha sangre. Era como una necesidad. Me enterré el cuchillo en el pecho y no sentí ningún dolor. Después comencé a cortarme con otro cuchillo el rostro. Lo hice otra y otra vez. ¡Era indestructible! Vaya. Qué bien. Subí a la alcoba de mis padres. No fue difícil matarlos. Antes de darles la puñalada final, les pedí que llamaran a Héctor Ariel, porque yo me estaba comportando muy raro, mandando cartas a escondidas, haciendo citas indiscretas, como un romántico suicida... A Darío. Agre-

gué que no estarían en casa, y que él dispondría de mí. Por supuesto que el idiota de Ariel cayó redondito... con lo gordo que estaba. Entró a la casa, que había dejado la puerta entreabierta y con las luces apagadas, para causar mayor dramatismo. Lo esperé debajo de la mesa del comedor. Lo recibí cortándole los tobillos. Soltó un alarido, mientras caía al suelo. Primero le corté la lengua, luego las orejas. Después lo castré. Antes se arrastró hasta la cocina, de donde sacó dos cuchillos y me los enterró. Pero no me hizo nada. Era completamente invulnerable. Lo levanté con una sola mano... y vaya que era una hazaña, levantar a semejante montaña de grasa. Finalmente le abrí el estómago y subí a mi cuarto, desde donde quemé el libro y toda la casa. Abrí el guardaropa y saqué una sudadera, me vestí con ella. Tenía capucha color rojo, con la que me cubrí la cabeza. Gracias a la capucha ahora era como una especie de parca. Eso era lo mejor, pues no quería ver mi propio rostro.

Salí a caminar, sin rumbo fijo, durante horas.

Llegué a un terreno baldío enorme, donde estaba mi escuela. Me senté en el suelo. En el camino asesiné a muchas personas mas porke io

Ya no puedo cons entrarme cda ves es mas difsi solo pienzo en matar. Ese conjuro. Muy bien. Haré un esfuerzo. Ya no puedo concentrarme, ni pensar. El conjuro me convirtió en un asesino lo mejor ser que d arme aquí me entierro en la arena pero al estar completamente cubierto no me asfixia. No tengo más emociones que el deseo de asesinar Mi único recuerdo son esos tres amigos que tuve alguna vez y esas dos persnas a quienes amé Espero que Alguien lea esto y me comprenda

Capítulo 13 COMO DIJO EL DOCTOR LOOMIS...

Nicolás, Pamela, Roberto, Antonio y Mateo se quedaron mirándose unos a otros. Hubo un silencio incómodo en cuanto concluyeron la confesión de Bob. El primero en romperlo fue Nicolás:

–Bien dice el Doctor Loomis en *Halloween*: «Las almas más oscuras no son aquellas que eligen existir en el infierno del abismo, sino aquellas que eligen liberarse del abismo y moverse silenciosamente entre nosotros...» Y él no es el alma oscura, sino toda la gente de esta pinche ciudad. Es como Springwood, como Crystal Lake, Woodsboro, como Haddonfield. Y como dice Freddy Krueger en la sexta parte de la saga: «Todas las ciudades tienen su calle Elm».

Cumplía con los puntos que señala el libro de Vera Ditka para la creación de un psychokiller slasher: el asesino experimenta una pérdida y la comunidad lo hace responsable de un acto ilícito del cual luego habrá de cobrar venganza.

–A ver –interrumpió Roberto–. Lo que yo no entiendo es qué es lo que le hacen cuando va al retiro. No sé, como que no lo explica bien. A mí me da la impresión que lo violan...

Todos se llevaron la mano a la frente, suspiraron y pusieron los ojos en blanco. La única que expresó su opinión fue Pamela:

–De veras que estos cuatro están irremediablemente pendejos.

–Bien –nuevamente, Nicolás fue quien habló–. Ahora todo queda claro. Bob... o Gil, como quieran llamarlo, no nos mata porque le recordamos a sus amigos. No muere porque es un ser revitalizado mediante magia.

–Y en cuanto le ordenamos que no matara a Pamela, obedeció. De modo que tenemos control sobre él.

–¡Y además nos quiere!

–Se me hace absurdo –replicó Antonio–. Si esto fuera una película, sería una auténtica sacada de manga.

–Pues eso sucede mucho en el cine slasher. No olvides que Freddy obtiene sus poderes por la ayuda de Los Demonios del Sueño. Jason por la magia negra que practicaba su madre, y Michael Myers es indestructible porque, según el Dr. Loomis, es el mal encarnado, sin más. Todas las explicaciones son bastante idiotas, la verdad, y esta no es la excepción.

–Otra cosa –advirtió Antonio–. Todos los personajes slashers han pasado por traumas espantosos. Freddy fue producto de una violación a su madre Amanda, por parte de cien locos. Jason era un niño deforme que murió ahogado en el lago del campamento, mientras quienes debían cuidarlo estaban fornicando. Pero el más terrible caso es el de Michael Myers: ¡no le dejaron salir a pedir dulcecitos!

Sin decir más, regresaron a sus casas, dejando a Bob (o Gil) en el lugar donde lo encontraron. Entretanto, Nicolás se quedó pensando en el sueño que tenía: participar a como diera lugar en aquel festival.

El Festival Internacional de Cine de Guanajuato tiene ya quince años. Surgió con el deseo de crear una cultura cinematográfica, y acoge anualmente a jóvenes realizadores de todo el país. Generalmente es muy arduo el proceso de selección.

Durante los cinco días que dura el festival, la ciudad colonial se llena de carteles y anuncios espectaculares con el logo del festival, y se proyecta cine en todos los teatros y hasta en las calles. Gente de todo el planeta es acogida por Guanajuato. Cinféfilos que hablan todos los idiomas, todas las razas y los colores, unidos por la gran pantalla.

Al siguiente día, Nicolás envió por correo el disco compacto a las oficinas generales del Festival Internacional de Cine, suponiendo que con un cortometraje tan mal realizado no pasaría ni la primera selección.

Estaba muy equivocado.

Capítulo 14 «SLASHER»

-Buenas tardes. ¿Estoy hablando con Pablo Nicolás Sarabia Godinez?

Nicolás escuchó atentamente en cuanto contestó su teléfono móvil. Le llamaban del Festival Internacional de Cine. Su cortometraje había sido seleccionado como uno de los más destacados. Había encantado al jurado y al comité organizador, pues además de ser una brillante parodia al género de terror característico de los ochenta, mostraba un realismo extraordinario. «*Slasher* nos ha parecido un cortometraje sensacional. Tiene todas las posibilidades de ganar el festival, señor Sarabia. ¿Los actores son sus hijos?» Nicolás respondió que él tenía dieciocho años. La voz al otro lado de la línea hizo una pausa que parecía confesar: «malditos mocosos». Le dijo que él sería de las jóvenes promesas del festival. Le pagarían hospedaje y comida a él y a su equipo de actores y producción. Hotel de cinco estrellas, claro.

-Al jurado le pareció sencillamente brillante la forma como manejan el contraste. Por un lado, una cámara casera y unas malas actuaciones. Una reminiscencia al mockumentary, y tu visión paródica. El diálogo es natural, pero constante, como sucede con la obra de Woody Allen...

La mujer siguió hablando y hablando mientras Nicolás intentaba incorporarse y asimilar lo acontecido: el cortometraje era una porquería. Había que ser francos. Nunca pensó que ganarían. Sin embargo, los idiotas del comité organizador habían comprendido –o malcomprendido– otra cosa. Quizá era lo que sucedía con todo ese pretencioso cine que se enviaba a los festivales: debido a su ambigüedad, ganaba porque nadie tenía ni la más jodida idea de lo que querían decir... Nicolás siempre creyó que ese era el motivo de que el cine experimental tuviera tanto éxito. «No tengo qué jodidos contar, por eso filmo cualquier porquería ambigua...» Esa era una opción. La otra, fue la conclusión a la que llegó esa misma tarde, cuando se reunió con sus tres amigos en el café Starbucks de Plaza Mayor, como solían hacerlo.

–A ver –dijo Mateo–. Se me ocurre una hipótesis. Yo creo que la gente, de una manera inconsciente, sabe que se trata de un verdadero asesino slasher. No de un actor. Y eso es coherente hasta cierto punto. La gente duda de la existencia de vampiros, fantasmas y hombres lobo... Quizá sucede lo mismo con los psychokillers del slasher film. Han vivido con ellos toda su infancia. Después de todo, el primer slasher de la historia surge en los setenta. Los asesinos slasher, los conceptos del slasher, sus temáticas, no son más que el inconsciente colectivo que menciona Jung. La teoría de Jung establece que existe un lenguaje común a los seres humanos de todos los tiempos y lugares del mundo, constituido por símbolos primitivos con los que se expresa un contenido de la psiquis que está más allá de la razón... El slasher representa la violencia, la sobrevivencia, el sexo, la perturbación sexual, la superación de los traumas, la adolescencia... Y Bob...

–Gil.

–Como sea, Toño, como sea. Y Gil representa el slasher en

el mundo real. Quizá el inconsciente del público lo registro, y por eso consideran que la porquería que hicimos merece concursar... Porque así es, Nico, es una porquería, en serio, no te sientas mal, no llores... Ya, ya. Te queremos mucho amigo... En fin. La cosa es que un cortometraje tan malo fue seleccionado porque tiene un excelente actor, y Gil es un actor que ni siquiera lo es, sino que se trata, posiblemente, del primer asesino slasher de verdad, como puede tratarse de un hombre lobo, un fantasma o un vampiro... Esos fueron monstruos característicos del siglo XIX, y el psychokiller slasher lo es del siglo XX y XXI. Bueno, como sea: nos vamos con todo pago a Guanajuato. Durante cinco días a comer gratis, beber gratis, ir a antros gratis y convertirnos en estrellas locales. En los jóvenes talentos... Resulta más que obvio señalar que no llevaremos a Bob. Bueno, afortunadamente sí llevaremos a Pamela —el rostro de Mateo se iluminó—. ¡No me miren así! Sé que les cae muy mal, pero tenemos que llevarla. No sería ético. Ella arriesgó su vida por nosotros. Tenemos que invitarla... Es más, yo ya la invité desde que Nicolás me avisó que fuimos seleccionados.

En cuanto Pamela se enteró de que iría a Guanajuato, a convivir con cientos de actores de todo el mundo y de todo el país, que sería una diva del cine durante cinco días y tendría una oportunidad de oro para lanzarse como actriz profesional y dejar esa asquerosa ciudad que es León, se le iluminó el rostro. Claro: tendría que tolerar a Nicolás y Su Pandilla de Fetos Abortados, pero aquél que quiere azul celeste, que le cueste. Además, era un pequeñísimo sacrificio comparado con lo que podía obtener a cambio.

Capítulo 14 AMIGOS FIELES

El sábado, a las siete de la mañana en punto, se llevaría acabo la inauguración oficial del Festival Internacional de Cine en Guanajuato, pero los miembros de los cortometrajes seleccionados debían estar en el Auditorio del Estado desde las once. Partieron en el coche de Nicolás para llegar al hotel donde se hospedarían. Antes, se despidieron de Bob de la manera más cortés posible. Nicolás recogió a sus tres amigos. Pamela los esperó con su maleta, a las puertas de su casa ubicada cerca de la Colonia Industrial, cerca de la Deportiva del Estado, que a su vez se encontraba en la carretera a la salida de León. Guanajuato Capital quedaba a una hora y cuarto en carretera, que era la León de los Aldamas-Silao. Pamela se notaba visiblemente disgustada. Era más que notorio que no le simpatizaban en lo absoluto los compañeros de viaje. Le arrojó a Nicolás su maleta. «Guarda mis cosas en tu portaequipajes, marica». Y mientras el marica guardaba la maleta, entró al auto, sentándose al lado de Mateo... para la mala suerte de una y la buena de otro. Nicolás hizo una advertencia antes de partir:

–Muy bien, Pame..., creo que es importante señalar algo. Cuando hemos emprendido viajes nosotros cuatro, siempre

Aladdin. Pamela, que de niña se enamoró del dibujo animado, no pudo evitar sonreír y tararear la tonada:

–Un mundo ideal, un mundo en el que tú y yo podamos decidir como vivir sin nadie que lo impida...

Cuando pagaron la caseta y entraron a Guanajuato, los cinco cantaban:

–Bajo el mar, bajo el mar, vives contenta siendo sirena, eres feliz, sé que trabajas sin cesar...

Se sentían muy bien. Estaban verdaderamente felices. Su ánimo hubiera cambiado de golpe de haber sabido que alguien los seguía. Pensaron que se habían deshecho de él. Pero el asesino se conectaba a ellos emocionalmente. Se contagió de su miedo cuando asesinó a los policías. De su rencor cuando asesinó a Leonardo. De la furia cuando cortó el miembro de aquel sacerdote. De la frustración cuando mató a la amante del padre de Roberto y a los chihuahuenses. De su dolor cuando leyeron su confesión. Y en ese momento, la alegría era tan fuerte, tan intensa, que no le costaría seguirles la pista, así tuviera que asesinar a quien fuera.

La ciudad de Guanajuato es patrimonio de la humanidad por la UNESCO, y es uno de los más importantes destinos turísticos de México. De acuerdo con el censo de 2010, tiene una población de 171.709 habitantes. A tan solo una hora de León, acoge a gente de todo el mundo durante eventos como el Festival de Cine o el Festival Internacional Cervantino. Conserva su estilo colonial, como si desde su fundación, en 1546, no hubiera cambiado. Estilo barroco, túneles, escalinatas, callejones... Un monumento a Don Quijote y Sancho Panza, pequeñas plazas donde se homenajean a héroes de México, tanto de su historia como de su cultura popular, Estatuas de rectores de la universidad o de intelectuales, lugares históricos como la Alhóndiga de Granaditas, El Pasaje A-

lexander Von Humboldt, y los callejones donde es un deleite extraviarte. Los turistas afirman que se trata de un lugar muy tranquilo, pero cinco jóvenes y todo un festival internacional estaban a punto de diferir al respecto.

Capítulo 16 NO PUEDES HUÍR DEL COCO

«Nicolás –me dije–. Andy Warhol, ese marica a quien tanto admiras, dijo que a todos los seres humanos nos corresponden quince minutos de fama... Yo tengo cinco días».

Desde que llegamos al hotel Misión Guanajuato, fui recibido por el comité organizador. Poco después entró en escena un hombre un tanto obeso, de cabello rubio a la altura de los hombros y de unos penetrantes ojos azules. Se trata de Stewart Harris, el fundador y director del festival. Originario de Los Ángeles, al igual que muchos estadounidenses vive en Guanajuato. Cinéfilo desde pequeño, decidió, hace quince años, hacer un festival de cortometrajes que reuniera diferentes talentos de todo el país y del mundo. Poco a poco el festival se fue consolidando, hasta convertirse en uno de los dos más importantes de Guanajuato, junto a «Expresión en Corto». A lo largo de su década y media, el festival ha recibido a personalidades como Tim Burton y realizado homenajes a luminarias mexicanas como Ofelia Medina o Erick del Castillo. Cientos de cortometrajes de todo el mundo en sus diferentes categorías (experimental, documental, opera prima nacional, opera prima extranjera, ficción, animación y selección Guanajuato, esta última en la que estábamos seleccionados) y toda

clase de lugares donde se proyectarían, como muros de edificios históricos, túneles o cementerios. Harris nos extendió la mano y, uno por uno, lo saludamos. Pasamos el resto del día conociendo a gente de todo el mundo. Jóvenes directores ingleses. Guionistas koreanos. Actores alemanes. Documentalistas rusos. Camarógrafos franceses. Todos rompiendo las barreras de la nacionalidad, blandiendo la globalización como única bandera. Nosotros éramos los realizadores más jóvenes, y yo algo así como el *l'enfant terrible* de los realizadores mexicanos. Fue particularmente desternillante cuando un muchacho alemán me felicitó por mi cortometraje. Hablando en inglés, elogió mi astucia al usar como antagonista de mi cortometraje una referencia a la cultura de Internet. Cuando le pregunté a que demonios se refería, comentó que el asesino de mi cortometraje se parecía muchísimo al «Real life slasher» que circulaba por todos los sitios de video y redes sociales. Le dije que así era, que cualquiera hubiera pensado que eran el mismo monstruo. Reí estúpidamente y Pamela me dijo «Ay... pinche Nicolás».

Me valí de mi conocimiento en el cine de terror para ligar con chicos guapos:

—¿Sí sabías que el característico ruido de Jason cuando a-cecha, el de «ki-ki-ki-ki-ki...» «ma-ma-ma-ma-ma...», dice en realidad «Kil, kill, kill, kill, ma, ma, ma, ma, ma...», o sea «mata, mata, mata, mamá, mamá, mamá...», y fue un acercamiento a la boca de Betsy Palmer, quien caracterizaba a la mamá de Jason, para hacerlo más siniestro?

Mientras llegaba la hora de la inauguración oficial del Festival, Antonio pasó la tarde fumando marihuana con unos jamaicanos; Mateo seduciendo sin éxito a Pamela; Roberto viendo películas de Jim Jarmusch que ni siquiera entendió, y yo seduciendo a un rumano. Pamela me vio salir del baño,

vistiéndome con mi playera mientras el rumano subía la bragueta. En cuanto ató cabos, me miró con antipatía, diciendo: «Ay... pinche Nicolás».

Entonces, llegó el momento de la inauguración. A las seis en punto de la tarde, hora Guanajuato, se reunieron medios de comunicación de todo el país, medios locales, actores, y todas las luces y los ojos en el Auditorio del Estado contemplaron a Harris, quien habló de los quince años del festival. Mencionó el cortometraje «Slasher» de los jóvenes realizadores locales, asegurando que lográbamos una brillante fusión del cine comercial influido por directores como Sean S. Cunningham, pero alcanzaba una genial referencia al *cinéma vérité*... Inmediatamente, antes de que los reflectores se enfocaran en mí, le arrebaté su blackberry a Pamela y corrí hasta el baño. Sentado en la taza, en el mismo lugar donde había tenido sexo con aquel rumano, busqué en Internet qué demonios era eso de *cinéma vérité*. Regresé a las butacas del auditorio tras haber memorizado un párrafo. Les dije a los medios de comunicación que me entrevistaron:

–Como el cine de realidad no es dictado por los elementos narrativos, hay más libertad en la expresividad del autor. El cineasta puede expresar su propio estilo o peculiaridad más libremente. Por esta razón es más fácil reconocer a los cineastas del cine de realidad, como director creativo. Cine de realidad es un estilo de filmación la cual combina técnicas naturalistas que se originan en la realización de documentales, con los elementos típicos de la narración de películas de descripción o semi descripción. Mi influencia de John Cassavetes es detonante.

Mis amigos y Pamela me miran asombrados. Ellos, tan bien como yo, sabían que mi conocimiento en cine era prácticamente nulo. Después, susurré: «bendita Wikipedia», y le

entregué a Pamela su blackberry, quien repitió por tercera vez: «Ay... pinche Nicolás».

La inauguración terminó presentando al director invitado de ese año, un indio de quien jamás había escuchado hablar: Shyam Benegal. Yo ni siquiera sabía que en la India se hace más cine que en México e incluso que en Hollywood, y Pamela me salvó de expresarlo abiertamente y hacer el ridículo. Mientras Stewart Harris se despedía del público, los cinco regresamos a las habitaciones en el hotel. Mateo, Roberto y Antonio compartían una, mientras que Pamela y yo, otra... La pobre tuvo que soportar verme pasear desnudo durante toda la noche. Vimos el programa de los cinco días que duraría el festival. De repente, tocaron a la puerta de mi alcoba. Cuando abrí, me encontré con Mateo, quien sostenía el programa con considerable excitación. «¿Ya viste quién programó el maratón de películas de terror, directo desde Los Ángeles?». Le respondí que no, y gritó:

–¡John Carpenter!

–¡No! –suspiré, llevándome las manos a la boca y abriendo los ojos como platos. Acto seguido busqué la sección de la muestra de cine de terror y leí en voz alta la opinión del creador de Michael Myers: «Cada cinta varía en su tono, estilo y contenido y posee una perspectiva única de la condición humana y del género de horror, es un ejemplo de auténtico cine de terror independiente»–. Las películas eran *Suspiria*, de Dario Argento; *The Last House Left*, de Wes Craven; *Evil Dead*, de Sam Riami, y *The Forbidden Zone*, de Richard Elfman. No era necesario decir que allí estaríamos.

Esa noche decidimos dormir temprano. Nos esperaban cuatro arduos días en Guanajuato.

Al día siguiente, nos levantamos a las ocho de la mañana. Desayunamos en el hotel, gratis, ya que todos los gastos co-

rrían a cargo del festival. Nos dio mucha pena que Antonio comiera el equivalente a una columna romana en hot cakes. Después, pasamos el resto del día en la ciudad.

Guanajuato es un lugar mágico para quien la visita, no únicamente los turistas. Incluso quienes la tenemos a una hora de distancia. Mantiene toda su esencia del México Colonial, construida entre cerros, con callejones tan estrechos que tienes que adherirte prácticamente a un muro para poder pasar. Callejuelas empedradas, pequeñas plazas y fuentes con cuatro siglos de edad. Las avenidas y calles no son como las de cualquier gran ciudad: uno camina por entre túneles oscuros que alguna vez fueron acueductos. En uno de esos, precisamente, hoy en la noche se proyectaría un ciclo de cine de diversidad sexual... Lo que es un eufemismo para hablar de películas sobre lesbianas, gays, travestis y transgéneros. Pasamos todo el día en el Teatro Principal de la Ciudad, al que accedimos subiendo unas escaleras que daban al acueducto o bien a un callejón. Así es Guanajuato, si no vives allí, puedes entrar en un callejón y terminar en la central camionera.

En el Teatro Principal se proyectaba un ciclo de películas de Kenneth Anger. Uno de los dioses del cine experimental. La sala estaba repleta de hipsters, que con sus camisas sin lavar, sus tenis converse sucios y sus lentes del tamaño de un hula hula esperaban disfrutar de uno de los grandes directores underground. Confieso que en cuanto empecé a ver las películas del señor Anger no entendí nada. Siempre he dicho que el cine experimental es la excusa de los directores sin talento. No sé si por fantoches, porque eran más inteligentes que nosotros, pero nuestro público alrededor supo apreciar la obra de ese director: *Invocation of my demon brother* y *Scorpio Rising* nos fueron incomprensibles.

Tiempo después se nos unió Pamela, con su usual y tierno

saludo:

–Hola, oligofrénicos.

La saludamos cortésmente mientras se sentaba al lado de Mateo. Sobra decir que ella tampoco le entendía a la obra de Anger. No fue sino hasta que Antonio nos invitó a fumar mota para estar en sintonía, y de súbito, todo nos quedó claro. *Inauguration of the Pleasure Dome* fue una auténtica maravilla. Salimos del teatro con los ojos rojos, algo mareados. Roberto comentó que deberían legalizarla. Cuando un policía se nos quedó viendo, aclaró que se refería a los filmes de Kenneth Anger.

Comimos en el mismo hotel, y esa noche nos dirigimos a los acueductos, al túnel donde se proyectaría cine de diversidad sexual. Caminamos hasta donde se había colocado una pantalla y sillas plegables. La película en turno era *Happy Together*, del director hongkonés Wong Kar-wai. Trataba sobre una pareja gay, Ho Po-Wing y Lai Yiu-fai, que abandona Hong Kong para ir a la Argentina, donde visitarán las cataratas del Iguazú. La película está basada en un cuento de Manuel Puig, me explicó Mateo.

Los cuatro nos sentamos, dejando a Pamela en el suelo.

–¿No es posible que tengan un poco de caballerosidad? –se quejó.

–Eso ya quedó atrás –dije–. En estos tiempos posmodernos, la minoría en turno somos los sodomitas.

Mateo fue quien le cedió el asiento, y quien pasó a sentarse en el frío suelo empedrado guanajuatense. Esta vez, ella le sonrió.

Llegamos a la escena en que Yiu-fai entabla amistad con Chang, cuando Pamela soltó un grito que hizo eco en todos los túneles y provocó que el público volteara a vernos.

–Oye, está bien que por mi culpa odies a los gays, pero si

no quieres no veas la...

Me jaló de la playera, susurrándome al oído: «Nos siguió. Bob está aquí. Lo acabo de ver entre los túneles».

Sin decir palabra, los cuatro salimos de allí. Ni modo, pensé. Tendré que ver la película descargándola en Pirate Bay, Taringa o Torrent.

Salimos a buscarlo. Según Pamela, lo vio entre la oscuridad, sosteniendo su cuchillo y con los otros dos enterrados en su cuerpo. La miró, y después, pareció como si hubiera desaparecido.

–Igual que Myers le hace a Laurie Strode en *Halloween*.

–¡Calla idiota! –replicó ella–. Estamos viendo cine de gente pensante.

Buscamos por los túneles y no dimos con Bob. Llegamos a la conclusión que llegan todos los personajes idiotas del cine slasher, antes de ser asediados por el antagonista. Fue el típico diálogo trillado:

–Te lo imaginaste, Pamela.

–Sé lo que vi.

–Estás nerviosa.

–Eso no tiene nada que ver. Cuando mate a alguien, les diré: «se los dije».

Terminamos en un bar por la plaza de San Roque, bebiendo unas cervezas. Al día siguiente, nos despertamos crudos. No escuchamos ninguna conferencia, ningún rally de universitarios que en media hora deben terminar una película (ya ni Ed Wood eran tan precipitado). Esperamos a que dieran las diez de la noche para ir hasta el Cementerio cerca del Museo de las Momias, donde se proyectarían las películas favoritas de John Carpenter. Allí, entre lápidas, volvieron a colocar sillas plegables y una pantalla. Empezamos con *The last house Left* de Craven, y la vimos completa. Fue a la mitad de una

de las obras más famosas de Argento que vimos una silueta que se paseaba por el lado opuesto de la pantalla. Parecía tener una sudadera con capucha y tres cuchillos enterrados en la espalda. Algunos de los cinéfilos lo abuchearon, pero otros celebraron la ingeniosa idea:

–¿Ya viste? ¡Alguien se le ocurrió hacer que el real life slasher se paseara entre las tumbas!

Estábamos tan concentrados que no nos dimos cuenta que Mateo y Pamela no estaban entre nosotros. Aparentemente, se habían ido al inicio de *Suspiria*. Roberto, Antonio y yo nos adentramos en el cementerio para buscarlos. Mientras más nos alejábamos de la luz donde se proyectaba la película, la oscuridad iba haciéndose más densa. Unos jadeos nos hicieron dirigirnos a una tumba, donde descansaban dos cuerpos. Roberto encendió su teléfono celular para iluminar la escena, descubriendo que eran Pamela y Mateo. Ella sólo usaba brassiere, y él sólo sus boxers.

–Follar encima de una tumba es el colmo del mal gusto –comentó Antonio.

–Creí que se odiaban –señaló Roberto.

–Premio de consolación –se justificó Pamela, mientras me miraba con disgusto y se ponía su blusa.

–Esto lo escribiré en mi blog –dijo Mateo, y ninguno de nosotros sabíamos a qué se refería.

Entonces, comprendí que habíamos cometido dos errores terribles. Dos fallas imperdonables cuando participas en una película slasher: en primer lugar, nos habíamos alejado de la gente en un cementerio. En segundo lugar, dos amigos nuestros estaban teniendo sexo. Oh, no. No, no, no, no. Poco a poco, todos caímos en cuenta del error.

De súbito vimos la figura de Bob, quien nos miró esbozando una sonrisa.

–Voy a actuar. Actuar y matar –susurró.

Después desapareció entre la oscuridad. Nos quedamos paralizados, hasta que la película terminó y tomamos un taxi de regreso al hotel.

Pasamos el cuarto día pensando en qué demonios haríamos. Si nos había seguido era porque buscaba algo de nosotros... Aunque matarnos no era su opción número uno. Había tenido oportunidades de sobra. Entonces... ¿qué quería?

La respuesta era sencilla: lo sabíamos desde el primer instante que lo vimos. Quería ser nuestro amigo. Le recordábamos a sus cuatro camaradas, y yo le recordaba a... No, carajo. No quiero pensar en eso. No olvidemos que en la segunda parte de *The Texas Chainsaw Massacre*, el grotesco de Leatherface quiere tener sexo con aquella candente locutora. Bueno, creo que a veces es mejor dar el beneficio de la duda: «show, not tell», como dicen muchos directores de cine de terror.

Pasamos el cuarto día pensando en qué haríamos. Aquél monstruo era muy inestable. No queríamos que nos hiciera una escenita (tomando en cuenta que, para él, una escenita sería esparcir vísceras). Ahora, una cosa había cambiado en nuestra vida: ya no éramos los cuatro amigos inseparables. A veces sólo éramos tres, y a veces, cinco. Pero parecían uno solo. Eran Mateo y Pamela, que habían formalizado su relación... En parte, sabíamos que del odio al amor hay un solo paso. No disfrutamos el cuarto día del Festival. Nos quedamos en el bar del hotel bebiendo cócteles, esperando que Bob llegara en cualquier momento. Ni siquiera nos percatamos que el jurado estaba dando el fallo de los cortometrajes seleccionados... Y que ganamos el primer lugar de la selección Guanajuato. Stewart Harris entró en el bar, visiblemente molesto. Cuando se dio cuenta que no nos habíamos aparecido

en la ceremonia de premiación en el Auditorio del Estado, advirtió, cambiando su estado de ánimo al del padre de familia comprensivo:

–Bebiendo cuando deberían estar en el auditorio... ¡Como todos buenos realizadores que se den a respetar!

Harris pidió que nos escoltaran al auditorio, para ofrecer entrevistas a los medios de comunicación. Como siempre, a los reporteros de espectáculos y a los realizadores pretenciosos les encantan declaraciones apantallantes, que no dicen absolutamente nada pero que eso sí: se escuchan cargadas de adornos retóricos. Cuando Peter Greenaway fue invitado de honor al festival, declaró: «el cine está muerto, que viva el cine...» Hasta el momento, no entiendo a qué carajos se refería. Mientras los medios de comunicación me entrevistaban, dije una frase que seguramente para la gente no significaba nada, pero para mis amigos y yo, mucho:

–Decidí dirigir una película que parodiara al slasher, porque nosotros protagonizamos una película salsher. Misma violencia. Misma sangre. Como dice John Carpenter en *Halloween*: no puedes huir del coco, el coco no puede morir.

Al día siguiente, los periódicos podrían mi declaración en primera plana: «*NUESTROS MIEDOS SON SLASHER FILMS*». Bien.

Aquel era nuestro último día en Guanajuato. Harris nos citó en el restaurante del hotel, diciendo que estábamos invitados a una fiesta exclusiva para los realizadores. Se llevaría a cabo en una hacienda en Valenciana.

La zona de Guanajuato conocida como La Valenciana recibe ese nombre porque allí se encuentra la mina (Guanajuato es una ciudad completamente minera) y el Templo de la Valenciana, que comenzó a construirse en 1775 bajo la dirección de los arquitectos Andrés de la Riva y Jorge Archundia, y fue

concluido en 1788, fecha en que se dedica a San Cayetano. No muy lejos está la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Para tener acceso es necesario subir un cerro que a pie es verdaderamente difícil. Desde Valenciana se aprecia una maravillosa vista de Guanajuato, sobre todo de noche. Harris tenía una de sus muchas propiedades allí. En su hacienda celebrarían la fiesta privada de clausura. Soltando una carcajada, nos dijo:

– ¡Una mina y una casa apartada de la civilización!

– La mina, como en *My Bloody Valentine* – dijo Mateo.

– La fiesta, como en *Scream* – dije yo.

– La casona, como en *Halloween* – replicó Roberto.

– Y no olvidemos que también hay bosque – agregó alegremente Harris—. Como en *Viernes 13*. Yo llegaré entrada la madrugada, porque debo de terminar un papeleo del festival. ¡Nos vemos!

Harris se fue, dándonos a cada quien una palmadita en la espalda. Estábamos gélidos. Como unos cadáveres. Aquello no pintaba nada bien... O en este caso, filmaba.

Capítulo 17 ABRIENDO LA CONFIGURACIÓN DEL LAMENTO

La saga de películas de terror *Hellraiser*, cuyo villano principal es Pinhead, emisario del infierno y miembro del grupo que se conoce como «los cenobitas», no es precisamente un slasher film aunque sí maneja muchos de sus elementos característicos. Basada en la novela corta *Hellbound Heart*, de Clive Barker, quien es también el director, cuenta la historia de unos emisarios del infierno que hacen su aparición cuando se logra abrir correctamente una cajita conocida como La Caja de Lemanchard. Al hacerlo, estos seres infernales aparecen en el plano de los mortales, donde hacen de las suyas descuartizando, mutilando, torturando de formas inimaginables. De acuerdo con la mitología creada por Barker, cuando La Caja de Lemanchard está abierta, es la correcta Configuración del Lamento... Se trata, pues, de una metáfora de la Caja de Pandora en clave gore: cuando aparecen los cenobitas, masacrarán a todos los seres humanos, crearán, como dice Barker, un infierno en la tierra en el sentido más literal.

Aquella noche, durante la fiesta de clausura, Nicolás, Roberto, Antonio, Pamela y Mateo, abrieron la Configuración del Lamento.

–Ya sabemos cómo terminará esto –fue la frase de Mateo,

que miraba, desde la terraza de la hacienda, una fabulosa vista nocturna de la ciudad de Guanajuato.

En poco tiempo llegó Pamela, quien lo abrazó de la cintura. Nicolás, Roberto y Antonio se les sumaron minutos después. Todos, como hipnotizados, miraban la ciudad por la noche. Un monte con pequeñas lucecitas, que irregularmente se expandían hacia los cuatro puntos cardinales. La quietud y la calma contrastaba con el ambiente que reinaba en el interior de la hacienda, en plena fiesta: alcohol, gritos y música.

Los cuatro permanecieron sin decir una sola palabra. Estaban completamente solos en ese momento. Ese era otro de los elementos característicos del slasher film: muchas veces, cuando lo protagonizaban adolescentes, se mantenían alejados del mundo adulto, pero de una forma distinta a como sucede en el cine para niños. No eran individuos viviendo su mundo, sino adolescentes enfrentando al mundo adulto: en los slasher films nadie les creía. Y muchas veces, respondían por los errores de los adultos. Ellos no eran la excepción a esa regla. Nicolás tenía que soportar unos padres que jamás aceptarían su homosexualidad; Antonio prefería fumar marihuana a tolerar una familia en la que su hermana era el modelo a seguir, el futuro del clan; Roberto prefería no pensar en su padre salvo para pedirle dinero, y Mateo se refugiaba en el estudio. Pamela, en tanto, prefería usar su cuerpo y personalidad despampanante como mecanismo de defensa. Vivían alejados del mundo adulto pero, a su vez, respondiendo por sus errores.

Entonces, súbitamente, los gritos de la gente los sacaron del letargo. Primero, alaridos, forcejeos. Después, sonidos de toda clase de cosas cayéndose. Lo siguiente fueron jadeos. La música cesó de golpe. Cada minuto, los gritos se silenciaban más.

Los cuatro ingresaron corriendo a la hacienda. La sala y el patio central eran un caos: sangre por todos lados, restos humanos, cadáveres y más cadáveres, cuerpos descuartizados, parejas teniendo sexo con trozos de vidrios enterrados en sus cuerpos desnudos. Botellas rotas incrustadas en los ojos de muchos de los invitados.

Una muchacha corría por la sala, la perseguía Bob, sosteniendo un cuchillo en cada mano. En cuanto ella se percató que los cinco talentosos jóvenes cineastas estaban allí, les dirigió una mirada de súplica, que decía: «por favor, ayúdenme». Pero era muy tarde. Bob lanzó su cuchillo con la maestría de un competidor olímpico y éste se incrustó en la espalda de la muchacha, quien cayó de golpe.

–La última –dijo en un susurro, y sonrió.

El monstruo permaneció sin moverse, y se quitó la capucha. Su rostro pálido y cabello rubio les hizo frente. Casi cuarenta personas habían muerto en cuestión de minutos. Y el responsable no era aquel asesino, sino quienes lo habían traído a Guanajuato, quienes lo despertaron y lo sedujeron aquella ya lejana noche de la madrugada del primero de noviembre.

–¿Cómo nos vamos a deshacer de él esta vez? –preguntó Antonio, quien por primera vez olvidó consumir marihuana.

No hubo respuesta. Permanecieron en silencio, mirando aquella masacre. Finalmente, Roberto rompió el silencio:

–No podemos. Nadie puede deshacerse del monstruo. Tarde o temprano siempre, siempre, siempre, regresa.

–Por eso *Halloween* termina así –señaló Mateo–. Cuando Myers cae desde lo alto de la casa y luego desaparece. Carpenter buscaba contagiar de miedo al espectador: el monstruo siempre está allí. No puedes acabar con él. Tarde o temprano aparecerá en tu cocina, cuando enciendas la luz, debajo de tu cama o en un callejón oscuro. Quería dejar un final abierto

para crear un miedo cerrado.

–La diferencia es que nosotros, esta vez, tenemos al monstruo de nuestro lado –sentenció Nicolás.

Todos guardaron silencio. No dijeron una sola palabra, pero lo comprendían bastante bien: tenían que convivir con el monstruo, tenían que adaptarse porque había una segunda, tercera, cuarta, quinta partes, y seguramente hasta remakes.

–Pero a la gente le gusta la sangre –replicó Nicolás–. Por eso ganamos el primer lugar de la selección Guanajuato. Les fascina ver cadáveres, y lo mejor es que no saben que es verdad. ¿Se dan cuenta que este asesino nos da suerte y además es nuestro asesino a sueldo personal? Ni siquiera a sueldo, carajo. Es nuestro asesino a control remoto. Es un amuleto para ganar más dinero. Más prestigio. Tenemos que sacarle provecho.

Antes de que cualquiera de los cuatro protestara, Nicolás arremetió:

–Todos estamos embarrados de sangre. Ahora, hasta tú, Pamela. Todos tenemos algo que ver. Todos estamos vinculados. La historia de Gil es trágica, pero nosotros, por primera vez en la historia de los slasher films, somos peores que el asesino. Ahora se invirtieron los jodidos papeles. Las víctimas manipularon al victimario... y lo mejor es que somos intocables. Nadie creerá que el responsable de todo esto fue un asesino sacado de películas de terror. Y ya comprobamos que la idiota policía culpa al crimen organizado, a la mafia y al narcotráfico... Algo de bueno debía tener la situación del país.

–Somos peores que el monstruo –susurró Mateo.

–¿Y qué tiene eso de malo? –preguntó Pamela. Todos la miraron, sorprendidos. No esperaban que dijera algo semejante.

–Tenemos que deshacernos de todas las pruebas –pro-

siguió Mateo—. Quitarles a los cadáveres sus celulares, por si acaso alguien lo grabó.

—¿Y por qué nosotros? —preguntó nuevamente Pamela, quien caminó hasta donde estaba Bob. Lo abrazó y le dijo—: ¿Te acuerdas de tu querida Irma? Imagínate que yo soy ella. Hazme ese favor. Elimina toda prueba que nos incrimine y ahórranos todo el jodido trabajo.

Bob se enterró el cuchillo y comenzó a hacer lo que Pamela le ordenaba. En cuanto terminó, los cinco se embarraron de la sangre, rompieron su ropa y le pidieron a Bob si podía inflingirles heridas superficiales. Llamaron a la policía federal mientras esperaban fuera de la hacienda. Finalmente, Nicolás le dijo a su nueva mascota:

—Regresa a donde te encontramos.

Stewart Harris entró en escena completamente aterrado. Lo que él pensaba sería una noche de fiesta se convirtió en una pesadilla. Volvió a llamar a la policía, y en cuanto ésta llegó, los seis pasaron tres días rindiendo declaraciones. La noticia dio la vuelta al mundo. Como era de esperarse, el gobierno mexicano y del Estado de Guanajuato responsabilizaron al crimen organizado, quienes habían cobrado venganza por error en una fiesta del festival... La explicación era insatisfactoria, improvisada, inverosímil, repleta de irregularidades y torpe... Pero así son las conclusiones que da la policía en México.

Los únicos cinco sobrevivientes fueron constantemente entrevistados. A los medios, blogs y redes sociales les pareció una perversa ironía que habiendo filmado y ganado con un cortometraje de terror, la noche posterior a la premiación se enfrentaran con una situación extraída de aquellas películas.

Y eso, como era de esperarse, elevó su fama a nivel mundial.

Epílogo **SECUELA**

Al igual que con *H2O: Halloween, 20 años después*, han transcurrido dos décadas desde aquella fatídica noche de la fiesta en Valenciana.

Nicolás se mira al espejo de cuerpo completo que tiene en su amplísima alcoba: actualmente usa pupilentes, se ha logrado alaciar ese cabello rizado que tanto odiaba, y que por cierto empieza a encanecer, eso sin mencionar la notoria barriga cervecera, factura de todos esos años de fiesta cuando vivía en México, como aquella en que cuando salía con sus amigos conoció a Bob.

Sale de su alcoba y camina hasta la sala. Un amplio ventanal le permite ver todo Hollywood Hills, donde destaca el famoso letrero. Una pantalla plana abarca toda la sala, y en las paredes hay pósters enmarcados de sus películas. «Treinta y ocho años de edad», piensa. «¡Uffffff!»

Le hubiera gustado que Antonio los acompañara, pero si algo de razón tenían esos estúpidos derechistas, es que pese a que la marihuana no causa adicción, sí propicia otras adicciones. En cuanto tuvieron éxito, Antonio comenzó a consumir heroína, cocaína, crack... Y cumpliendo con la tradición de todo actor de Hollywood, murió de una sobredosis en su de-

partamento de La Jolla.

Sin embargo, allí están sus otros amigos: Roberto no necesitaba trabajar. De hecho, nunca lo necesitó. Pero desde que se mudaron a Los Ángeles se independizó del señor Roberto Torreblanca Padre, quien había fallecido hacía tres años a causa de una embolia.

Mateo es un reconocido guionista. Su esposa, Pamela, es una destacada modelo que ha obtenido fama por el mismo motivo que Sharon Tate en el caso Polanski. Ambos son una de las parejas más famosas y populares de Hollywood.

Nicolás se ha cambiado el nombre: ahora se llama Nick Stab, reconocido director de cine de terror, revitalizador del slasher para el nuevo milenio. Ha filmado sagas, adaptaciones de clásicos literarios, remakes, y se ha desarrollado también como productor. Hace poco exhibió en el Teatro Chino su nueva película, y si las cosas salen bien, en poco tiempo tendrá su estrella en el Paseo de la Fama.

—Prende la televisión, en E! Entertainment deben estar repitiendo la entrevista —dice Pamela, quien gracias a la cirugía de miles de dólares al estilo *Nip/Tuck* luce igual que veinte atrás.

Mateo, ella y Roberto visitan a su amigo. Todos se han mudado a California, donde la vida es perfecta... Al menos cuando eres famoso.

Nicolás enciende la televisión y sintoniza E! Está él, sentado en la sala de un set, hablando con una guapa periodista.

—...efectivamente, Melanie —dice, con el tono falso e hipócrita de las estrellas de Hollywood. Su inglés es ahora el de un nativo—. Se me considera el revitalizador del slasher film, y es algo que me ha marcado de por vida, porque desde niño lo he tenido bien marcado, como una cicatriz inflingida por un asesino.

(Risitas grabadas)

–Como todos recordarán, hace exactamente veinte años, en el mes de julio, tuve que enfrentar un asesinato masivo cuando gané por mi primer cortometraje, con apenas dieciocho años. Mis amigos y yo seguimos ese camino. Bueno, salvo Tony, quien falleció a causa de una sobredosis, como Heath Ledger.

(Suspiros de comprensión grabados)

–Nick, mencionas el slasher film, pero quisiera preguntarte sobre lo difícil que es triunfar en Hollywood siendo mexicano.

–Actualmente no lo es, Melanie. Pero es una pregunta sumamente interesante. Si me cambié el nombre no veo por qué no haberlo hecho: si Ricardo Valenzuela se lo cambió a Ritchie Valens, no veo por qué yo no pueda; además, de Nicolás Sarabia a Nick Stab, va más relacionado con mi labor. Volviendo al tema de aquella noche, fue cuando decidí dedicarme a dirigir películas de terror. Aquella masacre del crimen organizado mexicano fue mucho peor que cualquier idea de Wes Craven. Mi caso fue semejante al del escritor James Ellroy, cuando presencié la muerte de su madre. Me traumó.

(Quejidos de ternura grabados)

–Ahora soy rico, poderoso y con fama mundial... Aún recuerdo esa horrible noche. Pero nos hemos superado. Así sucede con el género slasher, que dio oportunidad a que actores ahora de renombre se consolidaran. No olvidemos que Kevin Bacon aparece en la primera entrega de *Viernes 13*, al igual que Johnny Depp en *Pesadilla en la calle Elm*.

–Nick, mencionas a tu difunto amigo Tony, pero has hecho muy buena mancuerna con tu amigo Mateo, la actriz Pamela y tu productor ejecutivo, Roberto. Sin embargo, hay algo que a tus fans no les queda claro: el monstruo que aparece en todas tus películas... Hay un halo de misterio a su alrededor. Ni

tu equipo de actores, nadie en tu staff lo sabe. Desde tu primer cortometraje tiene la apariencia de un adolescente. ¿Qué hay con él?

–Bueno –Nicolás tiene ensayada esa respuesta. Sabe que siempre, en todas las entrevistas, regresan al punto-. Es un monstruo sediento de sangre que nos encontramos mis amigos y yo hace veinte años.

(Risitas grabadas)

–Sé lo que se dice en las redes sociales sobre el monstruo, y lo que dicen mis colegas, y lo que se dice en el plató... Pero tengamos en cuenta que el cine de terror siempre ha estado plagado de leyendas negras. Por mencionar algunas, está la de *El Exorcista*, película de William Friedkin que supuestamente está maldita, y sucede lo mismo con los fenómenos paranormales acontecidos durante la filmación de *Poltergeist*. O el célebre fantasma de la comedia *Tres hombres y un bebé*... Como resulta evidente, Melanie, nada de eso existe. Obviamente no es un monstruo real, es un joven actor que suplantamos. Digamos que yo lo ocultó para que prevalezca el misterio. No hay por qué temer, como dice Stephen King: «Pienso que a veces una cosa nos aterroriza porque descubrimos algo siniestro detrás de una cara bonita. Las cosas también nos asustan porque de alguna manera nos tocan alguna fibra sensible. Tememos a cosas que son diferentes de nosotros...»

Mateo apagó la televisión con el control remoto.

–Eres un hijo de puta muy astuto –dice.

–En verdad que sí –corroboró Roberto.

–Pero este hijo de puta astuto y su monstruo nos mantienen, no lo olviden –aclara Pamela.

Sin decir más, Nicolás baja al sótano de su mansión. Durante la entrevista repitió una cita de Stephen King, pero

hay otra que se adapta mejor a su situación: «los monstruos son reales, los fantasmas son reales también, viven dentro de nosotros y a veces, ellos ganan...»

Sólo que ellos habían optado por forjar una amistad.

Baja las escaleras y se dirige a una puerta de metal reforzado. La abre en cuanto teclea un código de cuatro dígitos. En pocos minutos lo acompañan Mateo, Pamela y Roberto. Aquel cuarto tiene tierra traída desde León, Guanajuato, para que su habitante se sienta a gusto. Emerge de la tierra en cuanto presiente que ellos están con él. Los abraza, igual que dos décadas atrás.

Siempre hay una secuela. Y aunque pocas veces es mejor que la primera parte, es un hecho que el monstruo está allí. Asesinarlo es imposible. Está esperando en la oscuridad, empuñando su cuchillo. Es decisión de cada uno de los seres humanos si se convierten en la víctima o si deciden colaborar con él.

Guanajuato, México, 22 de julio 2011

AGRADECIMIENTOS

A mi editor, Gustavo H. Mayares.

A los primeros lectores de esta historia: José Luis Rangel,
Eduardo Torres, David Rubio Esquivel y Gerardo Mares.

A Misael Gómez y Mariano González-Leal Mesina.

A todos los amigos que me apoyaron para escribir el capítulo
7, quizá el más difícil de toda la novela.

2011 • ZONA LITERATURA

<http://zonaliteratura.com>



“Mis amigos y yo contamos con la amistad de un monstruo que asesina a las personas que nos caen mal...” Con esta frase arranca *Slasher*, novela de Bernardo Monroy. Se trata de un homenaje al cine de terror de los años 80's, y una sátira desternillante de lo políticamente correcto.

Cuatro jóvenes que cursan el último semestre de bachillerato se topan con un asesino que posee las características de los psicóticos monstruos de los slasher films: enmascarado, fuerte, con poderes sobrenaturales y perturbado sexualmente... La pequeña gran diferencia es que en esta ocasión no los perseguirá hasta matarlos, sino que se convertirá en su amigo.

Es así como estos cuatro miembros de subgrupos juveniles (Nicolás, el muchacho abiertamente gay. Mateo, el nerd. Antonio el rastafari. Roberto, el “fresa” o “pijo”) buscarán la manera de deshacerse del monstruo... O sacar provecho de la situación. *Slasher* inicia en un terreno baldío en la ciudad de León, y concluye en el festival internacional de cine más importante de Guanajuato. Una historia sobre amistad, prejuicios, amores imposibles, sueños y mucha, mucha sangre, cuyo antagonista remite a Pinhead, Jason Voorhees, Leatherface, Michael Myers y Freddy Krueger.